



EL UMBRAL DEL REINO

OSVALDO REBOLLEDA

EL UMBRAL DEL REINO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La Puerta y el umbral del Reino.....	10
Capítulo dos:	
El umbral del Perdón.....	25
Capítulo tres:	
El umbral de la Gracia.....	42
Capítulo cuatro:	
El umbral de los Sentimientos.....	57
Capítulo cinco:	
El umbral del Dolor.....	69
Capítulo seis:	
El umbral de los Deseos.....	78

Capítulo siete:

El umbral del Propósito.....89

Capítulo ocho:

El umbral de la Entrega total.....97

Conclusión Final.....109

Reconocimientos.....128

Sobre el autor.....130



INTRODUCCIÓN

“Siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

Filipenses 2:6 al 11 NVI

Desde la eternidad, el Reino de Dios ha sido una realidad suprema e inmutable, gobernada por la justicia, la paz y la gloria del Creador. No es un concepto abstracto ni una utopía espiritual. Es el diseño original de Dios para la humanidad: un Reino que no tiene fin, cuyos fundamentos son la verdad, la misericordia y el gobierno justo del Rey de reyes.

El plan de Dios con el planeta Tierra y con los seres humanos fue extraordinario desde el principio. Pero, lamentablemente, la operación de Satanás y la rebelión de Adán y Eva levantaron una separación entre el cielo y la tierra

(Isaías 59:2). Un abismo que ninguna obra humana pudo atravesar por mérito propio. El Reino de Dios, aunque siempre ha estado presente, fue vedado para la humanidad. Por supuesto, Dios nunca dejó de trabajar en Su diseño, desde la época de los patriarcas hasta el nacimiento de Jesucristo, quien fue el enviado por el Padre para traer nuevamente el Reino de los cielos a la tierra.

Jesucristo fue la Puerta **(Juan 10:9)**. No fue simplemente el guía que vino a mostrarnos el camino al Reino; Él es el Camino, la Verdad y la Vida **(Juan 14:6)**. Su venida no fue para establecer una nueva religión, sino para inaugurar una nueva realidad: la del Reino de los cielos entre los hombres.

Cuando Jesús declaró: ***“El Reino de los cielos se ha acercado”*** **(Mateo 4:17)**, no hablaba de un concepto filosófico, sino de una invasión divina en la historia humana. Él trajo consigo el gobierno del cielo a la tierra, y lo manifestó con autoridad, milagros, compasión y poder.

Pero a este Reino no se accede con credenciales religiosas, ni con buenas intenciones, ni por tradición humana. Se accede por una Puerta estrecha, una entrada que desafía al ego, que rompe los esquemas humanos y que demanda rendición total. Esa Puerta es Jesucristo y su obra en la cruz del Calvario.

Antes de reinar, Jesús tuvo que sufrir. Antes de sentarse en el trono, tuvo que ser levantado en un madero.

Antes de recibir la corona de gloria, llevó una corona de espinas. La cruz no fue un obstáculo en su camino hacia el Reino; fue el umbral que Jesucristo tuvo que atravesar para establecer al Nuevo Hombre como conductor de la humanidad, como el único canal de manifestación del Reino.

Por eso, este libro no es solo una reflexión teológica, sino una guía espiritual hacia una vida de Reino auténtica. Porque si Cristo es la Puerta, entonces la cruz es el umbral que debemos abrazar. No hay acceso al Reino sin cruz. Y esa cruz no solo fue un acto histórico de redención, sino también un modelo eterno para todo aquel que quiera vivir como ciudadano del cielo.

Jesús dijo: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lucas 9:23).*** La cruz no es opcional, es el requisito. No es un símbolo de debilidad, es la evidencia de un Reino que opera al revés del mundo. La cruz es muerte para vida, es lo que activa el poder de la resurrección, es lo que nos dejó un fundamento de sabiduría eterna que no podemos desaprovechar.

En el momento más oscuro y glorioso de la historia, colgado en un madero, siendo el nexo entre el cielo y la tierra, el Hijo de Dios pronunció siete frases. Siete declaraciones cargadas de eternidad, que no fueron solo expresiones de un moribundo, sino decretos reales de un Rey en misión.

Cada palabra desde la cruz revela un aspecto del corazón del Reino y del carácter del Rey. Son frases que, al ser comprendidas, nos forman como Iglesia. Son principios que, al ser vividos, nos posicionan en el Reino. Son fundamentos que, al ser abrazados, nos preparan y nos habilitan para la plenitud, porque todas ellas componen el umbral del Reino.

Por eso, este libro desarrolla cada una de esas frases como pasos de transformación. Cada capítulo es una invitación a pasar por un aspecto de la cruz, a morir a lo carnal y abrazar lo eterno, a dejar atrás el sistema de este mundo y entrar en la cultura del Reino. No se trata solo de estudiarlas, sino de vivirlas. De caminar por el mismo sendero del Maestro. De dejarnos formar por su ejemplo. Porque la Iglesia no fue llamada a admirar la cruz, sino a cargarla. Y al hacerlo, accedemos al Reino.

Veremos una Iglesia que perdona como su Señor perdonó. Una Iglesia que imparte gracia incluso a los más indignos. Una Iglesia que trasciende los lazos humanos y se convierte en verdadera familia espiritual. Una Iglesia que aprende del silencio de Dios en medio del desierto. Una Iglesia que tiene sed, pero no de agua, sino de justicia y de propósito. Una Iglesia que, al igual que su Salvador, puede decir *“Consumado es”*, porque vive con propósito eterno. Y una Iglesia que se entrega por completo al gobierno del Padre, sin reservas ni condiciones.

Este es el tiempo de volver a la cruz, para atravesar el umbral hacia el Reino. No a una religión de apariencias, sino a una vida de Reino. No a una doctrina muerta, sino a una realidad viva. Porque solo los que toman su cruz, negándose a sí mismos, pueden caminar tras el Rey y experimentar su Reino en la tierra, al igual que se experimenta en el cielo.

La Puerta se abrió. El umbral nos invita a atravesarlo como nuestro mayor desafío espiritual. El Reino está disponible. La cruz nos espera. Y el Rey nos llama. Este libro está pensado para alumbrar nuestra consciencia y para mostrarnos claramente como atravesar ese umbral hacia la vida de Reino, espero que puedan considerarlo y brindarle un tiempo de calidad para su lectura.

“De ellos hiciste un reino; los hiciste sacerdotes al servicio de nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra. Luego miré, y oí la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. El número de ellos era millares de millares y millones de millones.

Cantaban con todas sus fuerzas: ¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!”

Apocalipsis 5:10 al 12 NVI



Capítulo uno

LA PUERTA Y EL UMBRAL DEL REINO

“Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.

El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.

Juan 10:9 y 10

Desde el principio de la historia, Dios soñó con habitar entre los hombres. Su intención no era simplemente formar seres vivientes, sino establecer una familia real en la tierra, una familia capaz de reflejar Su Reino celestial.

Al crear al hombre a Su imagen y semejanza, lo dotó de autoridad, propósito y un diseño de gobierno que reflejara Su gloria. Adán no fue colocado en el Edén solo como jardinero, sino como embajador del Reino. Su tarea no era meramente cuidar la creación, sino extender el dominio de Dios sobre la tierra.

Ese fue el plan original: un Reino de justicia, paz y verdad, administrado por hijos obedientes. Pero el pecado quebró ese diseño. El gobierno del cielo, reflejado en la tierra, fue interrumpido. El hombre perdió su lugar de autoridad, y el Reino, aunque nunca dejó de existir, quedó velado a los ojos de la humanidad caída.

Sin embargo, Dios no canceló Su propósito. A lo largo de la historia, Sus promesas se tejieron como hilos proféticos en los labios de patriarcas, reyes y profetas. Todos hablaban de un día venidero, de un Ungido, de un Rey justo que vendría a restaurar lo perdido. Isaías lo vio venir con nombres gloriosos: Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Daniel vio cómo se le entregaba dominio, honra y Reino, y entendió que Su gobierno no tendría fin. La tierra suspiraba. El cielo anunciaba. Y, en el tiempo señalado, la eternidad se encarnó.

Jesús de Nazaret no fue simplemente un maestro iluminado, ni un reformador social. Fue, y es, el Rey eterno, el portador del Reino de los cielos a la tierra. Desde el inicio de Su ministerio, Su mensaje no fue otro que este: ***“El Reino de los cielos se ha acercado”*** (Mateo 4:17). No dijo “vendrá”, ni prometió un futuro incierto. Afirmó con autoridad que el Reino ya estaba entre los hombres, no como una idea, sino como una realidad presente.

En Él, el gobierno de Dios se hizo visible, tangible y activo. No necesitaba trono terrenal ni corona visible. Su autoridad se manifestaba en cada palabra, en cada milagro,

en cada acto de amor y justicia. Donde Jesús caminaba, el Reino se establecía.

La sanidad de los enfermos no era solo compasión, era demostración del poder del Reino sobre la enfermedad. La liberación de los endemoniados no era un espectáculo, era la señal de que un gobierno superior había invadido el territorio del enemigo.

Sus enseñanzas no eran filosóficas, eran decretos reales que revelaban la cultura del cielo. Las parábolas que relataba eran mapas espirituales que guiaban a los oyentes hacia el corazón del Reino. Su vida entera fue una proclamación viva: el Reino había llegado.

Pero, a diferencia de los reinos del mundo, el Reino de los cielos no se establece por la fuerza de las armas, sino por la entrega de la vida. No se impone desde fuera, sino que transforma desde dentro. Por eso, el clímax de Su obra no fue Su popularidad ni Su entrada triunfal en Jerusalén, sino Su crucifixión.

La cruz no fue una interrupción en Su plan; fue el eje central de Su propósito. A los ojos del mundo, fue una derrota. A los ojos del cielo, fue una entronización. En el madero, Jesús no solo murió por los pecados de la humanidad, sino que abrió el portal eterno que conecta el cielo con la tierra. Su sangre no solo limpia: también autoriza. La cruz se convirtió en el umbral a través del cual el Reino de Dios entró en los corazones humanos.

La corona de espinas, el letrero clavado sobre Su cabeza que lo proclamaba Rey, y el desprecio de los hombres no cancelaron Su realeza: la confirmaron. Desde ese lugar de dolor, Jesús gobernó con amor. Extendió perdón a sus enemigos, salvación a un ladrón moribundo y confianza absoluta al Padre celestial. La cruz fue Su acceso al trono, y Su trono es la dimensión a la cual nos llama. Sin embargo, así como Él llegó a través de la cruz, nosotros debemos vivir en la revelación de ese camino.

La resurrección no hizo más que confirmar lo que ya era. Jesús venció a la muerte y, con Su victoria, proclamó que el Reino es real, poderoso y eterno. Durante cuarenta días después de resucitar, Su tema predicado a los discípulos y a todos los que habían creído, fue uno solo: “el Reino de Dios”.

No habló de venganza ni de estructuras eclesiásticas. Habló del Reino que había venido a establecer y que ahora sería administrado por una nueva generación de hijos empoderados por el Espíritu Santo. La ascensión no fue una despedida, sino una coronación. El Rey volvió a Su trono, y envió a Su Espíritu para que el Reino siguiera avanzando a través de Su Iglesia.

Hoy en día, nosotros como la Iglesia, somos los portadores de ese Reino. No como espectadores, sino como embajadores. Somos ciudadanos del cielo, llamados a manifestar en la tierra los valores eternos del Reino de nuestro Padre. Nuestra vida debe ser un testimonio viviente de que el Reino está entre nosotros: en nuestras decisiones,

en nuestro carácter, en nuestra forma de amar, perdonar, servir y vivir.

No fuimos llamados a formar parte de una religión, sino a extender un Reino. Y ese Reino tiene una cultura, un lenguaje, una economía, una autoridad... y una cruz en el centro de todo. Al Reino no se accede por aceptación, sino por regeneración. El Reino no se vive por derecho eclesiástico, sino por revelación divina. Por eso es tan trascendente la cruz.

No se puede hablar del Reino sin hablar de la cruz. No hay Reino sin renuncia, sin muerte al yo, sin paso por el umbral del sacrificio. Jesús nos abrió el camino, pero también nos dijo: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”*** (Lucas 9:23).

La cruz no es un símbolo decorativo: es el acceso al Reino. Es allí donde morimos al sistema del mundo y nacemos a una nueva vida. Es allí donde dejamos la esclavitud del pecado y recibimos la autoridad proporcionada por el poder de la resurrección.

Este libro no les hablará solo del Reino como doctrina, sino como experiencia viva. Cada paso hacia el Reino está marcado por lo que Jesús dijo y vivió en la cruz. Las siete frases que pronunció desde ese lugar de entrega no fueron al azar. Fueron llaves. Fueron decretos. Fueron fundamentos espirituales que nos enseñan cómo vivir el Reino de verdad.

Cada una de esas palabras revela el corazón del Rey y el camino de sus seguidores. La cruz no solo salvó nuestras almas: también modeló nuestro llamado. Una Iglesia que no alcanza la comprensión de la cruz no puede ejercer gobierno espiritual sobre el sistema.

Cuando Jesús ascendió al cielo, su obra no terminó, solo cambió de forma. El Rey volvió a su trono, pero dejó en la tierra una representación viva de su presencia: Su Iglesia. No dejó una institución religiosa. No planificó una organización institucional, sino un cuerpo vivo, habitado por su Espíritu, llamado a continuar lo que Él comenzó.

Si el Reino vino con Jesús, entonces permanece a través de aquellos que llevan Su nombre y Su naturaleza. La Iglesia no es una pausa entre la cruz y la eternidad; es el instrumento del Reino en el presente. Podemos estudiar sobre la pasión de Cristo, podemos analizar sus aterradoros sufrimientos, pero si no identificamos nuestra cruz espiritual, no tendremos acceso al poder del Reino.

La misma unción que reposó sobre el Hijo, reposa ahora sobre nosotros. El mismo Espíritu que lo impulsó a sanar, liberar, proclamar y transformar, ahora habita en cada renacido espiritual. El propósito no ha cambiado: el Reino de los cielos sigue avanzando.

Pero ya no lo hace solo en Galilea o en Jerusalén. Ahora lo hace en cada rincón del mundo donde un hijo de Dios se atreva a vivir conforme a la voluntad del Padre. Jesús

vino a inaugurar el Reino, y nosotros fuimos comisionados a manifestarlo. No tenemos que establecer el Reino, como algunos pretenden, porque eso ya lo hizo Jesús y Él mismo traerá la plenitud con Su segunda venida. Nosotros solo debemos manifestar el Reino. Pero para hacerlo, es necesario operar en la revelación de la cruz y en el poder de la resurrección.

La Iglesia fue concebida desde la cruz. De su costado abierto brotaron sangre y agua: vida y purificación. Como Eva fue formada del costado de Adán dormido, así la Iglesia fue formada del costado del Segundo Adán, colgado y traspasado. Nacimos del sacrificio. Fuimos engendrados para ser algo más que asistentes de reuniones: fuimos llamados a ser una expresión visible del Reino invisible.

Esto cambia por completo nuestra visión de lo que significa ser Iglesia. No se trata solo de reuniones dominicales ni de agendas llenas de actividades religiosas. Se trata de representar el gobierno del cielo en medio de un mundo roto. Cuando amamos como Él amó, el Reino se manifiesta. Cuando perdonamos, sanamos, restauramos y servimos con humildad, el Reino se abre paso.

Somos sal y luz no por lo que hacemos en un templo, sino por cómo vivimos en lo cotidiano. El Reino no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu **(Romanos 14:17)**. Y eso debe respirarse dondequiera que haya un hijo del Reino. El problema es que vemos a muchos

creyentes, pero lo que no vemos tan a menudo es gente que opere en la revelación del Reino.

El Señor no nos dejó sin dirección. Antes de ascender, les dijo a sus discípulos que serían investidos con poder desde lo alto (**Hechos 1:8**). Ese poder no era para exhibiciones carismáticas, ni para engrandecer nombres humanos. Era para testificar del Rey. Era para que, en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra, se escuchara el eco de la voz que en la cruz gritó: ***“Consumado es”***. Ese grito no fue el final: fue el inicio de una misión... manifestar el Reino en cada esfera de la tierra hasta Su regreso glorioso.

La Iglesia no sustituye a Cristo, pero lo encarna. No lo reemplaza, pero lo representa. Y esa representación requiere coherencia. No podemos predicar un Reino que no vivimos. No podemos anunciar al Rey si aún gobernamos nuestros propios corazones.

El Reino no avanza con palabras vacías, sino con una vida crucificada y resucitada en Él. El enemigo no teme a una Iglesia activa; teme a una Iglesia que porta la naturaleza del Reino. Una Iglesia que ha pasado por la cruz, que ha sido quebrantada y renovada, y que ahora se levanta en autoridad, gracia y verdad.

La gran tragedia de estos últimos tiempos ha sido ver a la Iglesia adaptarse al mundo en lugar de influenciarlo. Una Iglesia sin Reino se vuelve una estructura sin vida. Puede tener rituales, programas, estrategias... pero no poder. Puede

hablar de Dios, pero sin cargar Su presencia. Puede hablar del Reino, pero sin abrir umbrales a la vida espiritual.

Tal vez por esto, en esta generación, y a las puertas de los tiempos finales, Dios está llamando a una Iglesia que no solo predique a Cristo, sino que viva como Él. Que no solo hable de Su Reino, sino que lo manifieste a través de vidas rendidas, no solo mediante aislados dones carismáticos.

Somos embajadores, no turistas. Somos herederos, no espectadores. El Espíritu Santo no fue derramado para que vivamos una espiritualidad privada, sino para que seamos parte activa de un Reino en expansión. Cada discípulo auténtico es una puerta por donde el Reino toca la tierra.

Cada comunidad cristiana que vive en santidad, unidad, amor y obediencia, es un reflejo del gobierno de Dios. En tiempos de tinieblas, esa Iglesia debe levantarse como antorcha. En medio del caos, se vuelve faro. No por fuerza, ni por sabiduría humana, sino por la presencia del Rey en medio de ella.

El Reino sigue viniendo. No en forma de conquista militar ni con aplausos del mundo. Viene en el secreto del corazón, en los humildes, en los constantes: en la madre que ora por sus hijos, en el joven que decide mantenerse puro, en el pastor que predica sin fama pero con fidelidad, en la Iglesia que se arrodilla en lugar de negociar su mensaje. Allí está el Reino. Allí sigue avanzando. Porque Jesús no vino solo a

salvar, sino a establecer un Reino eterno. Y nosotros somos la continuación visible de esa obra invisible.

Nuestra misión no es otra que la de Cristo: buscar y salvar lo que se ha perdido, proclamar libertad a los cautivos, sanar a los quebrantados de corazón, anunciar el año agradable del Señor. No podemos hacerlo con nuestras fuerzas, pero sí con Su Espíritu. No fuimos llamados a sobrevivir, sino a avanzar. A establecer embajadas del cielo en medio de las ciudades de los hombres. A vivir como si el Rey ya reinara sobre toda la creación, porque ciertamente lo hace, solo que por el momento y hasta Su venida está cediendo tiempo para el arrepentimiento de sus escogidos. No somos víctimas de un sistema opresor, somos hijos del Rey de gloria. Hijos empoderados por el Espíritu Santo.

Jesús trajo el Reino. Y ahora, nos toca a nosotros demostrar que está aquí. Porque cuando la Iglesia vive como el Rey vivió, entonces el sistema reconocerá que el cielo ha tocado la tierra. Y ese es el mayor testimonio que podemos ofrecer. Religiones hay muchas, y doctrinas un montón, pero el Reino solo se manifiesta en el poder de los renacidos.

Seguir a Cristo nunca fue una invitación a la comodidad, ni a la auto-preservación. No fue una propuesta de fe superficial ni una experiencia espiritual pasajera. Desde el comienzo, el llamado del Maestro fue claro, radical y contracultural: Él nos llamó a morir para vivir en Él.

Jesús marcó el único camino posible para entrar y vivir el Reino de los cielos: “la cruz”. El Reino no es para los admiradores de Cristo, sino para quienes viven en Él y tratan de imitar sus acciones. No para quienes observan de lejos, sino para quienes se atreven a seguir Sus huellas... hasta el Gólgota. Pero no solo para morir en Él, sabiendo que murió en nuestro lugar, sino para comprender la cruz como un camino espiritual que todos los que hemos creído debemos transitar.

Tomar nuestra cruz no es sufrir el tormento de los clavos en un madero; tampoco es solamente soportar pruebas o enfrentar dificultades. No se trata de resignarse ante el sufrimiento, ni de vivir una vida austera y sombría. Tomar la cruz es morir al yo para que viva el Rey. Es entregar la voluntad, los derechos, los planes personales, y permitir que el gobierno de Dios sea establecido primeramente en nuestro corazón.

El Reino no comienza en las estructuras; comienza en el alma. No se manifiesta primero en el poder externo, sino en la transformación interna. Y nada transforma más profundamente que la revelación de la cruz que mata nuestro ego. Jesús dijo que le convenía morir, porque si moría produciría mucho fruto. Hoy en día, nos debe alcanzar esa misma revelación, ya que la cruz nos conviene.

Ser imitadores de Cristo significa ver Su vida como modelo y Su cruz como el umbral que debemos atravesar para manifestar el Reino. Jesús no buscó su propia gloria,

sino la del Padre. No vivió para ser servido, sino para servir. No evitó el rechazo, ni huyó de la oposición. Escogió el camino estrecho, el del sacrificio, el del amor que sangra.

Por eso, seguirlo implica cargar con esa misma actitud. Implica amar cuando es más fácil odiar, perdonar cuando es más lógico vengarse, humillarse cuando el alma clama por exaltación. Tomar la cruz no es un acto heroico, es una rendición diaria que nos deposita en autoridad legítima.

El Reino no puede ser vivido en plenitud por quienes aún son gobernados por su ego. No se puede manifestar el cielo si aún somos gobernados por los impulsos de la carne. Por eso, la cruz es ineludible. Es allí donde nuestras motivaciones son expuestas, donde nuestras intenciones son purificadas, y donde nuestras heridas son redimidas.

Tomar la cruz es permitir que la muerte trabaje en nosotros para que la vida de Cristo fluya a través de nuestro ser. Es abrazar el dolor del proceso con la certeza de la gloria que será revelada. Una Iglesia que sabe morir es una Iglesia que sabrá cómo manifestar la vida incommovible.

El reino de las tinieblas busca la vida de la carne, porque vino a matar (**Juan 10:10**), pero cuando ve que un hijo de Dios ha muerto a sus deseos, no lo ataca, porque sabe que el poder de la resurrección no solo es eterno, sino que glorifica al Padre. A una Iglesia a la que se le reveló la cruz, la pueden quemar en una hoguera, pero no pueden matarla, porque ya alcanzó la dimensión eterna.

Cuando los hebreos mataron un cordero en Egipto, pintaron las puertas y ventanas con sangre, porque el ángel de la muerte sí pasó, pero al oler la muerte pasó de largo. Es decir, el enemigo solo tiene poder cuando encuentra que estamos bien vivos al yo. Pero cuando conocemos la muerte y manifestamos el poder de la resurrección, sabe que está vencido.

En un mundo que exalta el yo, la cruz es locura. En una generación obsesionada con la autoafirmación, el llamado al sacrificio suena extraño. Pero ese es el mensaje del Reino. El Rey mismo nos lo mostró. No evitó el Getsemaní. No retrocedió ante el juicio injusto. No pidió ser defendido. Abrazó la cruz porque sabía que el Reino solo podía establecerse desde el altar del sacrificio. Y nosotros, Su Iglesia, no podemos pretender vivir el Reino sin pasar por esa misma cruz. No la física, sino la espiritual: la del quebranto, la de la obediencia y la entrega total.

Tomar nuestra cruz cada día no es perder la vida, es encontrarla. Es decirle “no” a una vida centrada en uno mismo y “sí” a una vida centrada en el Rey. Es morir a la fama, al control, a la ambición personal, para poder vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. La cruz nos vacía de todo lo que estorba, para llenarnos de todo lo que permanece. Nos duele, sí; pero nos santifica. Nos corta, sí; pero también nos sana. Nos humilla, pero en esa humillación descubrimos el poder del Reino en nosotros.

Solo una Iglesia crucificada puede vivir con autoridad. Solo un discípulo que ha pasado por la cruz puede ser portador de la gloria. Las multitudes admiran al Cristo resucitado, pero los verdaderos discípulos siguen al Cristo crucificado. Es en esa cruz donde dejamos nuestras máscaras, nuestros títulos, nuestras pretensiones. Y es allí donde el Espíritu Santo nos toma, nos forma y nos unge para ser portadores del Reino en medio de un mundo sin dirección.

La plenitud del Reino no está reservada para quienes conocen muchas verdades, sino para quienes viven crucificados con Cristo. No se trata de cuánto sabemos, sino de cuánto hemos muerto a nosotros mismos. Porque es entonces, cuando ya no vivimos nosotros, que Cristo vive en nosotros. Y cuando Cristo vive en nosotros, el Reino fluye sin esfuerzo, como un río que no necesita ser empujado, porque su corriente fluye desde lo alto.

Este es el tiempo de volver a la cruz. No como símbolo, sino como realidad. No como un mensaje más, sino como el camino innegociable hacia la vida del Reino. No hay atajos, no hay métodos alternativos. Solo hay una Puerta, y tras esa Puerta un umbral glorioso, un camino estrecho... y ese camino tiene forma de cruz.

El Reino no está lejos. Está disponible. Pero no será revelado a través de multitudes que buscan beneficios sin compromiso, sino a través de hijos que han muerto a sí mismos para vivir en la plenitud del Rey. El umbral está

abierto, pero solo se atraviesa con las manos vacías y el corazón rendido.

Tomar la cruz no es el fin. Es el comienzo de la verdadera vida. Es allí donde todo lo viejo muere y lo nuevo nace. Es el acto supremo de confianza en saber que el Reino es mejor que cualquier imperio personal que podamos construir. Es decir, con hechos y no solo con palabras.

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre. Venga tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra...”

Mateo 6:9 y 10



Capítulo dos

EL UMBRAL DEL PERDÓN

“Padre perdónalos porque no saben lo que hacen...”

Lucas 23:34

El Reino comenzó a abrirse paso entre los hombres no con rayos ni con truenos, sino con esta frase pronunciada desde lo alto de una cruz. Allí, suspendido entre el cielo y la tierra, el Rey no pidió justicia, no exigió venganza, no acusó a sus verdugos. En cambio, alzó la voz para interceder por los culpables, revelando que el primer aliento del Reino en la cruz fue el aliento del perdón.

Estas palabras no son simplemente una oración misericordiosa, sino una proclamación legal y profética que inaugura una nueva era. Jesús no solo está pidiendo al Padre un acto de compasión; está abriendo un camino. En esa frase se encapsula el corazón mismo de Dios, y se traza la primera línea del umbral que la Iglesia está llamada a atravesar.

El perdón no fue un gesto aislado. Fue el primer decreto de un Rey que comenzaba a gobernar desde la cruz. Jesús, al pedir perdón para quienes lo crucificaban, estaba declarando una verdad celestial: nadie puede entrar en el Reino si primero no ha sido perdonado, y nadie puede gobernar con Cristo si no aprende también a perdonar.

Este es el principio del umbral: el perdón no es una opción, es una condición. No es un sentimiento, es una decisión espiritual. El perdón es el portal a la libertad y al verdadero gobierno: ***“Y a vosotros, estando muertos en pecados, os dio vida juntamente con Él, perdonándoos todos los pecados.” (Colosenses 2:13).***

La escena es insoportablemente sagrada: el Hijo de Dios colgado entre dos criminales, coronado de espinas, desfigurado por la violencia, sangrando sin defensa, con los pulmones agotados y los ojos velados por el dolor. Y aun así, lo que brota de su alma no es un clamor por justicia, sino una súplica de gracia. Esta no es una debilidad disfrazada de nobleza. Es el poder más alto en acción. Es el Reino manifestado en su forma más pura: el perdón ofrecido sin que nadie lo haya pedido.

Ese es el fundamento del Reino. El perdón no es un simple acto de benevolencia religiosa. Es la evidencia de que el amor ha vencido al juicio. Es la llave que rompe el ciclo del pecado, que desarma al enemigo, que libera a culpables y a víctimas por igual. Jesús no esperó que sus agresores se arrepintieran. No condicionó su oración a una confesión. Los

perdonó en su ignorancia, porque entendía la profundidad de su ceguera. Y al hacerlo, dejó un modelo imposible de ignorar: la Iglesia del Reino debe ser una Iglesia que perdona.

“Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro.

De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.”

Colosenses 3:13

Pero perdonar no es un acto sentimental. Es una decisión que nace del Espíritu. Requiere más fuerza que pelear, más fe que defenderse, más humildad que tener la razón. No hay Reino posible sin perdón, porque el Reino no se edifica sobre heridas abiertas, sino sobre corazones redimidos.

No se expande con odio, sino con amor restaurador. La Iglesia que quiera manifestar el Reino en su generación debe ser experta en perdonar. No por debilidad, sino por su autoridad como portadora del ministerio de la reconciliación **(2 Corintios 5:18)**. No por pasividad, sino por obediencia conforme a la Palabra **(Efesios 4:32)**.

Hay quienes piensan que el perdón es una debilidad emocional, un “dejar pasar las cosas”. Pero en el Reino, perdonar es reinar. Es ejercer gobierno sobre las emociones, sobre el ego, sobre la herida. Es declarar: *“No viviré gobernado por lo que me hicieron, sino por lo que Cristo hizo en mí.”*

Perdonar no es olvidar, es renunciar al derecho de venganza. Es dejar el juicio en las manos de Dios y liberarse del veneno de la amargura. Es confiar en que hay un Reino más alto que la justicia humana, y que ese Reino ya ha comenzado a gobernar el corazón.

La Iglesia no puede levantar sus manos al cielo si guarda odio en el corazón. No puede hablar del Reino con palabras cargadas de resentimiento. Una comunidad que no perdona se convierte en una fortaleza emocional, no en una embajada del cielo. Por eso Jesús, antes de entregar su espíritu, abrió el umbral con una oración de perdón. Porque sabía que esa sería la primera batalla que la Iglesia tendría que librar. Y vencer.

Perdonar no significa justificar el mal, ni minimizar el dolor. Significa que ya no permitiremos que ese mal defina nuestra identidad ni condicione nuestro propósito. Significa que elegimos la libertad, que preferimos el Reino antes que la razón. Una Iglesia que perdona camina ligera, avanza sin cadenas, construye sin muros. Esa Iglesia no está limitada por lo que le hicieron, sino impulsada por lo que Cristo hizo por ella. Por eso, puede mirar a los traidores, a los injustos, a los que la hirieron, y repetir con lágrimas pero con poder: ***“Padre, perdónalos.”***

En un mundo dividido por el odio, la venganza y la autodefensa, la Iglesia tiene la oportunidad de ser una señal viva del Reino. No con discursos elaborados, sino con corazones sanos. No con estrategias, sino con abrazos

sinceros. No con castigos, sino con gracia activa. El perdón es el lenguaje de los hijos del Reino. Y cuando la Iglesia habla ese idioma, el mundo escucha una melodía que no puede ignorar.

La cruz nos lo enseñó: el umbral del Reino se atraviesa con perdón. Todo lo demás viene después. Pero si no aprendemos a perdonar, viviremos cerca del Reino sin entrar en su plenitud. Perdonar no es opcional para quienes hemos sido perdonados. Es la primera muestra de que el Reino está operativo en nuestros corazones.

Muchos creyentes desean ejercer autoridad espiritual, pero no han comprendido que la autoridad nace en la cruz. Jesús recibió ***“toda autoridad en el cielo y en la tierra”*** (Mateo 28:18), luego de haber pasado por la humillación, la entrega, el quebrantamiento... y el perdón.

Perdonar es un acto de gobierno, no de debilidad. Requiere más poder perdonar que retener el enojo. Requiere más madurez liberar al que nos ofendió que cargar con su deuda. Jesús, al perdonar, estaba sentando jurisprudencia espiritual: quien perdona, gobierna; quien retiene, se esclaviza.

“Perdonad, y seréis perdonados... con la medida con que medís, os volverán a medir.”

Lucas 6:37 y 38

Tomando como modelo la misericordia que Dios tiene para con nosotros, también nosotros debemos tener la disposición de tender la mano y ofrecer el regalo del perdón a todos aquellos que nos ofenden o nos hieren con actitudes incorrectas. Esto no debe hacerse porque lo merecen, sino por la gracia aprendida de un Dios de gracia que nos salvó y nos limpió con la sangre de Cristo, librándonos de todo pecado.

Eso sí, debemos perdonar las ofensas de otros hombres, no solo porque lo aprendimos de Dios y sabemos que está bien, sino porque el Padre nos exige que lo hagamos. Y Él puede hacerlo, no solo porque es el Soberano, sino porque nos da Su ejemplo y nos concede Su Espíritu para lograrlo, sin excusas. Si aun así nos negamos a extender perdón, entonces sufriremos las consecuencias de no recibir nuestro tanpreciado y necesario perdón de parte del Señor.

“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.”

Mateo 6:14 y 15

Este pasaje es crucial, ya que muchas veces podemos pensar que aquellos que nos hirieron no merecen el perdón, y tal vez las faltas se han repetido una y otra vez, de manera que sería fácil decir: “Ya está, ya los perdoné. ¿Cuánto más debo perdonarlos?”. Sin embargo, sabiendo que nosotros fallamos al Señor muchas veces, la pregunta debería ser: ¿Cuántas veces el Señor tendría que perdonarnos a nosotros?

Y ahí, todo cambia, ¿verdad? Pedro también hizo esta pregunta:

“Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.”

Mateo 18:21 y 22

Los rabinos de la época enseñaban que se debía perdonar hasta tres veces a una persona. Pedro, tratando de ser generoso, propuso perdonar hasta siete. Pero Jesús respondió: setenta veces siete. Es decir: cuatrocientas noventa veces... Es decir, todas las veces que sean necesarias.

Yo entiendo que al exponer el tema del perdón se levantarán muchas fortalezas racionales, justificando nuestros malestares emocionales contra quienes nos han herido. Sin embargo, el perdón es maravilloso y liberador. Perdonar no solo libera al otro: libera a quien perdona. El resentimiento es una cárcel emocional y espiritual. Jesús no permitió que el dolor lo encerrara en el rencor. Desde la cruz eligió mantenerse libre, limpio, sin manchas. Esa también debe ser nuestra vocación.

Cuando no perdonamos, le damos lugar al enemigo. Abrimos una brecha en el alma y cedemos territorio. Pero cuando perdonamos, cerramos puertas, recuperamos la paz y

avanzamos en autoridad. Solo una Iglesia libre del peso del pasado puede avanzar con fuerza hacia su destino profético.

En la Biblia, la palabra griega que se traduce como perdonar es “*afiēmi*”, que significa literalmente “dejar pasar”, permitir, consentir, despedir, remitir. Según la Escritura, el perdón es una decisión de la voluntad. Ya que Dios nos manda a perdonar, debemos hacer una elección consciente de obedecerle y perdonar.

Todo se torna más difícil aún, cuando el ofensor no desea el perdón y quizás nunca cambie. Pero eso no condiciona la voluntad de Dios ni invalida el hecho de que poseemos el Espíritu del perdón y debemos manifestarlo.

“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”

Mateo 5:46 al 48

Lo ideal sería que el ofensor buscara la reconciliación con sincero arrepentimiento. Pero los ideales rara vez ocurren en la vida diaria. Si eso no sucede, el agraviado, independientemente de la actitud del otro, debe tomar la decisión de perdonar. Por supuesto, es difícil olvidar verdaderamente las ofensas. Por eso es tan necesario aprender a perdonar a la manera de Dios.

Por otra parte, debemos asumir que no podemos “eliminar selectivamente” eventos de nuestra memoria. La Biblia dice que Dios **“no se acuerda”** de nuestras maldades (**Hebreos 8:12**). Pero Dios es Dios y tiene la capacidad de hacer como le place; sin embargo, nosotros debemos luchar contra nuestra débil humanidad. En lo posible, debemos olvidar lo que queda atrás y esforzarnos hacia lo que está por delante (**Filipenses 3:13**). Debemos perdonar a los demás así como Dios perdonó en Cristo (**Efesios 4:32**). No debemos permitir que una raíz de amargura brote en nuestros corazones (**Hebreos 12:15**).

Según la Biblia, la falta de perdón puede crear una profunda esclavitud, y a libertad nos llamó el Señor (**Gálatas 5:1**). El perdón es un mandamiento, no un sentimiento. Dios puede demandarlo no solo porque nos perdonó todo, sino porque si no está en nosotros el querer hacerlo o si no nos creemos capaces, solo debemos tener fe, y Dios hará en nosotros lo que es agradable delante de Él por medio de Jesucristo (**Hebreos 13:21**).

El perdón es la orden de un Dios Santo y Poderoso, que nos demanda soberanamente lo que también nos otorgó en Cristo. El Señor siempre nos pedirá lo que nos ha dado. Él no necesita la virtud del hombre, sino manifestar sus virtudes a través de los hombres que han recibido su vida; y es claro que en la cruz Jesús nos marcó el umbral de lo posible.

Cuando queremos ver el corazón del Padre, debemos mirar a Cristo. Al hacerlo, vemos su compasión, su amor y

su entrega infinita en pos de perdonar y conciliar. Teniendo en cuenta este concepto tan firme, espero que afrontemos noblemente el hermoso desafío de permitir que la vida de Cristo se exprese a través de nosotros, perdonando a quienes nos hayan ofendido.

Si no aplicamos este mandato de perdón expresado en la Palabra divina, no estaremos actuando espiritualmente bajo los principios de Dios, y eso nos impedirá alcanzar las bendiciones que Dios nos tenga preparadas. No nos permitirá seguir creciendo y desarrollándonos en nuestra vida espiritual e incluso hará nula nuestra comunión con el Padre celestial. El cielo no se moverá en favor de aquellos que no perdonan.

“Porque si vosotros no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.”

Marcos 11:26

Muchos tienen conocimiento de las Escrituras y son conscientes de la importancia de perdonar como Dios manda, pero en realidad no saben cómo aplicar las verdades bíblicas a su vida y, como consecuencia, son afectados, limitados e incluso anulados cuando en realidad tienen todo para ser libres.

La primera clave para poder aplicar los mandatos de perdón expresados en la Palabra de Dios, es reconocer que “es posible en Cristo”. Para ello, debemos entender que no

somos nosotros los que tenemos la capacidad en nuestra naturaleza humana, porque el perdón sin límite va más allá, es sobrenatural y maravilloso; es capaz de dejar anonadado a cualquiera que conozca su situación o su pasado, y vea que usted es capaz de perdonar todo lo que le han hecho. Tenga paz: el Señor hará lo que parece imposible (**Lucas 1:37**).

La segunda clave es que, en nuestra incapacidad para perdonar, no quedamos desamparados, sino que Dios nos ha capacitado a través de la obra de Cristo en la cruz y la venida del Espíritu Santo a nuestras vidas (**Filipenses 2:13**). En este principio está contenido el modelo del Reino. No se puede edificar lo eterno con estructuras carcomidas por el rencor. Donde hay perdón, hay trono; donde hay rencor, hay prisión.

La tercera clave está basada, en que es muy importante comprender cuál es el motivo por el cual Dios nos pide perdonar. Él lo hace porque eso expresa su esencia y porque Él mismo nos capacita para hacerlo, y lo hace en nosotros por un par de sencillos pero profundos motivos: en primer lugar, su amor por nosotros. Él nos ama profundamente y no quiere vernos en esclavitud; desea sacarnos a libertad y que nuestro corazón sea totalmente sanado. En segundo lugar, Él puede ser glorificado a través del perdón, porque siempre que hay perdón hay una manifestación de Su esencia.

La cuarta clave para poder aplicar los mandatos de perdón es obtener, a través de escudriñar las Escrituras minuciosamente, sabiduría y revelación espiritual para comprender lo que anteriormente mencioné: que no es con

nuestras fuerzas sino con su Espíritu, que no es con nuestras obras sino con las obras de Cristo a través de nosotros, que no es por merecimiento alguno, sino por su gracia, y que esa gracia no funciona sino por la fe.

La quinta clave es que, una vez comprendida la naturaleza perdonadora de Dios, nuestra nueva naturaleza en Cristo Jesús, y el infinito poder de nuestro Dios que nos dice que todo es posible y que a través del Espíritu Santo nos capacita para perdonar, debemos someter nuestra mente a tales conceptos, sin levantar fortalezas, porque de eso se trata el umbral de la cruz. Aprender a perdonar es aprender a morir para manifestar la nueva vida vacía de rencor.

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

2 Corintios 10:4 y 5

Los hijos de Dios que con determinación decidan vivir bajo las pautas del Reino de Dios, se apartarán frecuentemente de las multitudes y muchas veces serán incomprensidos, pero al final caminarán en la presencia del Señor. La Iglesia que cruza ese umbral es una Iglesia que elige morir a su ego, renunciar a sus derechos y vivir con un corazón amplio, libre, sin ataduras.

La Iglesia no es un club de buenos, sino una asamblea de redimidos. Todos fuimos perdonados de deudas impagables y, por tanto, no tenemos derecho a retener el perdón de otros.

El perdón nos nivela, nos iguala, nos conecta con la gracia. Cuando dejamos de perdonar, nos desconectamos del Reino. La Iglesia tiene que recuperar el perdón como su cultura central. No puede predicar a Cristo crucificado y seguir crucificando a los hermanos con críticas, condenas o indiferencias.

Jesús tomó sobre sí mismo en la cruz todo lo que nosotros merecíamos. Cuando decimos: “Odio a esa persona en quien había confiado porque me traicionó”, “odio a mi padre golpeador por ese doloroso pasado que me marcó para siempre”, “odio a mi hermano por ese falso proyecto que solo resultó ser una mentira”, “odio a mi antiguo socio que me estafó en confianza y aún hoy estoy pagando ese error”, “odio a ese familiar que difamó mi nombre con una mentira”; odio, resentimiento, culpas y acusaciones ante lo que nos han hecho o dicho, en realidad estamos clamando por justicia. Estamos haciendo un juicio enraizado en dolor y amargura.

Cuando exigimos justicia, retrocedemos a un sistema legal que tiene autoridad para exigir justicia y restitución también de nuestros pecados. Es como darle al diablo la llave de la justicia. La única respuesta segura es: Señor, permite que haga misericordia. Que la misericordia triunfe sobre el juicio. Nuestra justicia propia no tiene valor si la

comparamos con la de un Dios todopoderoso, eterno y Creador de todo lo existente. Por esta razón, debemos procurar andar siempre en Su misericordia y no en nuestro sentido de justicia (**Santiago 2:13**).

Cuando entendemos cuánta misericordia ha sido derramada en el plan de salvación de parte de Dios hacia nosotros, entonces comprendemos su valor; lo importante de andar en ella y proceder en esa misericordia que desciende del Padre Celestial. Aunque no alcancemos a entender la grandeza del amor de Dios y Su misericordia, podemos mostrarla en nuestro diario vivir. Perdonar como Él nos perdonó, amar a los demás como Él nos ama y entregarnos como Él se entregó, sabiendo que no es mérito propio, sino que es todo por Su bondad y por Su misericordia, la cual se renueva cada mañana (**Lamentaciones 3:22 y 23**).

Analicemos juntos la historia que Jesús mismo nos relata en **Mateo 18:23 al 35**, historia en la cual Jesús nos habla de un gran rey que le prestó dinero a uno de sus siervos. La deuda del siervo llegaba a cifras impagables. Un día, el rey lo llamó y le dijo: “Págame lo que me debes.” El hombre contestó: “No puedo. Ten misericordia de mí, dame más tiempo y te pagaré.” Pero el rey dijo: “No, págame ahora. Véndanlo. Vendan su familia. Liquiden todo lo que tiene. Recuperaremos todo lo que se pueda.”

El hombre se postró y le suplicó: “Ten misericordia de mí.” Entonces el rey dijo: “Muy bien, nunca me podrás pagar la deuda, así que olvídale. Vuelve a tus negocios.” Lo soltó

(dejando en evidencia que lo tenía atado) y le perdonó la deuda. Se imagina qué aliviado y agradecido debió estar ese hombre.

Jesús mismo nos describe cómo, al salir de ahí, este mismo hombre halló a uno de sus conservos y, tomándole del cuello, le dijo: “Págame el poco dinero que me debes.” Entonces su conservo, postrado a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten misericordia de mí, dame tiempo y te pagaré todo lo que te debo.” Pero él no quiso, sino que lo hizo echar en la cárcel hasta que pagase la deuda.

Le refirieron al rey lo que este hombre había hecho y, mandándole llamar, le dijo: “Siervo malvado, tuve misericordia y compasión de ti y te perdoné tu gran deuda. ¿No debías tú también haber tenido misericordia de tu conservo?” Entonces el rey, enojado, lo entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía, cambiando así el destino de aquel hombre que, habiendo obtenido semejante beneficio del rey, lo pierde todo por su necesidad. Este hombre pasó de deudor atado a libre, pero por no hacer misericordia a otros como le hizo el rey a él, pasó de perdonado a deudor en manos de verdugos.

Lo tremendo de esta historia es el remate que Jesús hace de la misma: ***“Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón a cada uno a su hermano sus ofensas.” (Mateo 18:35).*** Podemos analizar entonces que Dios nos ha perdonado todo lo que hemos hecho, absolutamente todos nuestros pecados. Nosotros, por

pecadores, merecíamos la eterna condenación (**Romanos 3:23**).

Podemos ver entonces que si Dios aplicara justicia en nosotros fuera de Cristo, nos iría muy mal. Pero, como es un Dios justo, no desechó el hacer justicia, sino que se ofreció Él mismo a través de su Hijo Jesucristo para pagar la deuda y hacer justicia en nuestro lugar (**Romanos 5:8 y 9**).

Si Dios nos ha soltado de nuestras ataduras de muerte, haciéndonos libres y nos perdonó absolutamente todo, ¿no debemos nosotros también perdonar a quienes nos han herido, estafado, criticado o lo que sea que nos hayan hecho? Por cierto, seguro es menos de lo que nosotros le debíamos a Dios.

El mayor problema es que, si no perdonamos a otros, volvemos a ser deudores nosotros, volvemos a estar atados y Dios no nos ha traído hasta aquí para volver atrás; nos trajo hasta aquí dándonos ejemplo y capacitándonos para aplicar sus conceptos de perdón y convivencia, y para seguir siendo libres, justificados, reconciliados, redimidos, perdonados, victoriosos y bendecidos (**Gálatas 5:1**).

No podemos pedir misericordia para nosotros y juicio para otros; no podemos decir: “ellos me hirieron, ellos me dijeron esto, me hicieron lo otro, ellos me deben y quiero que me paguen, pero para mí, por favor, gracia y misericordia.” La falta de perdón solo genera esclavitud y anula la gracia sobre nuestras vidas.

Hoy en día, Jesús sigue intercediendo con las mismas palabras desde su trono celestial y espera que su Iglesia no solo las repita, sino que las encarne; que no solo proclame el mensaje de la cruz, sino que viva la primera palabra de esa cruz: **“Perdón.”** Porque allí comienza todo. Y si ahí comenzamos, nada podrá detener la manifestación del Reino entre nosotros.

“El perdón es un regalo silencioso que dejas en el umbral de la puerta de aquellos que te han hecho daño.”

Robert Enright



Capítulo tres

EL UMBRAL DE LA GRACIA

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso...”

Lucas 23:43

La escena es tan impactante como reveladora. Tres cruces. Tres destinos. Un Salvador, un ladrón arrepentido y otro endurecido. En medio del dolor físico y espiritual, Jesús extiende gracia de manera inmediata, escandalosa y transformadora.

Uno de los malhechores, al reconocer quién estaba a su lado, clama con humildad: ***“Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino.”*** Y la respuesta de Jesús desarma toda lógica humana: ***“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”*** Aquí no hay ritos, méritos, bautismo ni restauración de obras. Hay fe sencilla, reconocimiento de necesidad y una gracia que abre de par en par las puertas del Reino.

Esta frase revela un principio fundamental del Reino de Dios: la entrada no se gana, se recibe. No se accede al Reino por obras, sino por fe. El ladrón no tuvo tiempo de cambiar su vida, pero sí de cambiar su actitud. Y eso fue suficiente para que la gracia lo tocara. ***“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.”*** (Efesios 2:8 y 9).

La gracia es escandalosa para la religión, pero gloriosa para el Reino. Jesús no espera que el pecador se perfeccione antes de amarlo. Lo ama en su miseria y le ofrece el paraíso desde el momento en que lo reconoce como Rey.

Una Iglesia que ha sido tocada por la gracia debe ser una Iglesia que ministra gracia. No fuimos llamados a ser jueces de los que caen, sino mensajeros de reconciliación. La voz del Reino dice: ***“hoy estarás conmigo”***, no “cuando mejores” o “si lo mereces”.

“De gracia recibisteis, dad de gracia.”

Mateo 10:8

Es muy triste que algunos ministros del evangelio exijan a la gente lo que Dios no les exigió a ellos. Que pongan cargas que ni ellos mismos tuvieron que llevar. Se inventan un evangelio de demandas para parecer más nobles y santos, pero se olvidan de la gracia. Y no me estoy refiriendo a la gracia como una licencia para pecar, sino a la esencia de Cristo (**Juan 1:14**).

Cuando la Iglesia pierde la gracia, se vuelve dura, fría, elitista. Se convierte en una institución que discrimina por pasado, en lugar de abrazar con esperanza. Pero una Iglesia que ha entendido la cruz como umbral de redención sabe que nadie está demasiado lejos para recibir gracia, incluso si es en los últimos momentos de su vida.

Jesús no solo salva al ladrón; lo transforma con una palabra. Le asegura un destino eterno. Lo dignifica. Lo incluye. Lo acepta junto a Él: ***“hoy estarás conmigo”***. La gracia no solo contiene el poder del perdón, sino también el de la restauración de la dignidad humana. La religión lo llama ladrón; Jesús lo llama compañero de eternidad. La parábola de la moneda perdida es clara: era una moneda perdida, no una moneda devaluada, solo necesitaba ser hallada (**Lucas 15:8 al 10**).

La Iglesia debe ser ese lugar donde los caídos son restaurados, donde los descalificados por el sistema reciben un nuevo nombre. Somos el cuerpo de Cristo: debemos hablar como Él habló desde la cruz, impartiendo gracia en medio del dolor humano.

“Hoy estarás conmigo...” La gracia de Dios no es para mañana. No es una promesa lejana. Es una acción presente. Jesús no pospuso la respuesta. El Reino es ahora para el que cree. La Iglesia debe anunciar un Reino accesible, inmediato, real, no una salvación burocrática ni aplazada. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.” (**2 Corintios 6:2**).

El tiempo de la gracia es el tiempo de Dios. Y ese tiempo es hoy. La Iglesia debe ser urgente en su mensaje, audaz en su compasión y libre de prejuicios para impartir la gracia. Jesús no le promete el paraíso desde un trono, sino desde una cruz. Eso nos enseña que la gracia no necesita un entorno ideal para fluir. Brota desde el dolor, desde la humillación, desde la entrega.

La cruz es el lugar donde la gracia se libera, y la Iglesia que vive la cruz es una Iglesia que no condena, sino que salva. Muchas veces queremos administrar gracia desde el éxito, desde el púlpito, desde la comodidad. Pero la verdadera gracia se manifiesta en medio de los conflictos, las heridas, los rechazos. Allí, como Cristo, podemos mirar al pecador y decirle: *“No estás solo. Hoy puedes entrar al Reino.”*

El mensaje del Reino debe ser radicalmente inclusivo en términos de gracia. No todos los que están dentro del templo están dentro del Reino, y no todos los que están fuera del templo están lejos del Reino. El ladrón estaba más cerca del paraíso que los religiosos que lo acusaban, por eso Jesús también dijo: ***“Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al Reino de Dios.”*** (Mateo 21:31).

Esa frase de Jesús confronta nuestro orgullo religioso y nos llama a revisar qué tipo de gracia estamos predicando. Una Iglesia del Reino abraza a los últimos, honra a los quebrantados y celebra cada regreso. La Iglesia debe recuperar sin temor el mensaje de la gracia; no podemos decirle a las personas que tienen que aceptar a Jesús como

Señor y, al mismo tiempo, poner requisitos para alcanzar lo que ya nos fue otorgado.

Lo maravilloso del evangelio del Reino es que el enemigo lo puede atacar de mil maneras, incluso persiguiendo y matando a cristianos; sin embargo, cuando el mensaje es el correcto, no tiene forma de detenerlo, porque no se trata de una predicación sino de una vida expresada con toda plenitud.

Hay un riesgo al predicar un mensaje no adulterado, pero sin dudas Dios lo respalda y puede propagarlo como fuego sobre la hierba seca. El enemigo, por su parte, tratará de detenerlo con un ataque frontal; sin embargo, si no obtiene resultados, intentará hacerlo infiltrando una cuota de religiosidad que contamine la gracia y con eso puede obtener lamentables resultados.

Podemos ver que aun los apóstoles cayeron en la duda sobre cuáles cosas debían guardar de la ley y cuáles no; ellos lucharon para romper un paradigma instalado durante muchos años en sus conciencias, pero sin quererlo, en varias ocasiones se les coló la religiosidad.

La batalla entre la religión y Cristo se volvió aún más intensa en el libro de Hechos que en los mismos evangelios. Tengamos en cuenta que a Cristo lo crucificaron los religiosos, porque Roma hizo el trámite, pero fueron los religiosos quienes lo acusaron falsamente. *“El reino sufre*

violencia y la seguirá sufriendo, porque los violentos quieren impedir que Dios gobierne” (Mateo 11:12).

En mi opinión, la Iglesia de este siglo no ha desarrollado al máximo su potencial espiritual por no haber predicado un evangelio libre de religiosidad, un evangelio impregnado del dulce aroma de la gracia divina. Creo que muchos han tenido miedo de hacerlo por el riesgo que implica el mensaje de la gracia, pero debemos resolver esto con una mentalidad de Reino y hacerlo lo antes posible, incluso a costa de correr algunos riesgos.

¿Cuál es el verdadero riesgo que vale la pena correr? Es el riesgo que se genera por predicar una palabra revelada de Dios a la gente. De allí en más, todos los demás riesgos son muy bajos. Juan el Bautista predicó un mensaje revelado para su tiempo y le terminaron cortando la cabeza; Jesús predicó un mensaje revelado a sus seguidores y lo crucificaron; a Pablo también lo decapitaron y al resto de los apóstoles los mataron de manera cruel, como a muchos hermanos. Sin dudas, la predicación del evangelio de la gracia no es para cualquiera.

Pablo nos enseña que debemos renunciar a la astucia y al ocultismo que viene de una palabra adulterada. Él dijo tener cuidado de sí mismo y hacer todo lo necesario para no quedar descalificado después de haber enseñado a otros (**1 Corintios 9:27**). Pablo se gloriaba de no haber adulterado el evangelio de la gracia. Manifestaba su permanente inseguridad personal y su incapacidad carente de méritos.

Él se humillaba al declarar todas las cosas por basura, entre ellas el haber estudiado con gran afán y dedicación las Escrituras, nada menos que a los pies de un renombrado maestro judío como lo fue Gamaliel.

Cualquiera diría que tanto estudio y conocimiento escritural le habrían servido para ser un excelente siervo de Dios; sin embargo, pensando que efectivamente ejercía un buen servicio, solo estaba pegando patadas contra el Señor.

Cuando perseguía cristianos para matarlos, Dios le salió al cruce y le dijo: ***“Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”*** (Hechos 9:5). Es decir, toda su capacitación solo fueron méritos personales, pero no le sirvieron para alcanzar la verdad, y él lo sabía.

Pablo no levantó fortalezas al mensaje del Reino y procuró no mezclar su anterior conocimiento con el mensaje revelado en la presencia del Señor. Él mismo nos instó a través de la carta a los corintios a derribar argumentos, fortalezas y altiveces que pudieran levantarse contra el conocimiento de la voluntad revelada de Dios (**2 Corintios 10:5**). También dijo que debíamos renovar nuestra mente en el entendimiento de la palabra de Dios, para que podamos comprender cuál sea su voluntad, buena, agradable y perfecta (**Romanos 12:2**).

Pablo, en su primer encuentro con Cristo, quedó ciego, pero sus ojos espirituales se abrieron y pudo ver su terrible error. Entonces descubrió la gracia inagotable y maravillosa.

Luego caminó con temor de no deslizarse de esa gracia y amonestó a otros ministros de la Palabra, como al apóstol Pedro, a quien exhortó públicamente porque, a través de un evangelio adulterado, estaba llevando a los gentiles a judaizar (**Gálatas 2:11 al 14**).

Sin dudas, Pablo fue el apóstol de la gracia, el hombre que recibió el evangelio por revelación celestial, el que tuvo un encuentro con el Cristo resucitado. Esto queda en evidencia en sus escritos, ya que de las 155 veces que aparece la palabra gracia (“*járis*”) en el Nuevo Testamento, 100 casos tienen lugar en sus cartas.

Pablo se reconoce a sí mismo como una obra de la gracia de Dios, tanto él como su trabajo apostólico (**1 Corintios 15:9 y 10**). Así, pues, todo lo que encontramos en la vida de Pablo es reconocido por él como regalo y obra de Dios. Pues ese es precisamente el significado básico del término: gracia es lo que se regala, lo que se da sin merecerlo y sin que se pida nada a cambio. Por eso puede decir el apóstol que en el fondo no es él el autor de su trabajo: ***“No yo, sino la gracia de Dios que está conmigo.”***

Pablo enseñaba a todos a tomar conciencia de haber recibido todo don sin mérito personal ni obra de justicia. De hecho, cuando Pablo cura la herida abierta en su relación con la comunidad de Corinto, les argumenta diciendo: ***“¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si realmente lo has recibido, ¿por qué te enorgulleces como si no lo hubieras recibido?”*** (2 Corintios 4:7). Esto lo hacía dejando en claro

que ni él ni nadie eran merecedores o poseedores de algún don por mérito humano.

Lo que más vinculaba la vida de Pablo a la obra de la gracia, fue haber sido llamado por Cristo siendo un perseguidor de la iglesia. Así lo manifestó en la carta a los gálatas cuando trataba de legitimar su actuación y predicación del evangelio frente a otros cristianos procedentes del judaísmo, para quienes la observancia completa de la religión judía era necesaria para la existencia cristiana.

Precisamente la predicación de Pablo se legitima por tener su origen en una actuación graciosa de Dios, es decir, un regalo nada más y nada menos que para quien era perseguidor de los cristianos.

Es como si Dios hubiera probado a través de Pablo que la gracia no sería gracia si eligiera lo mejor. Por eso dice: ***“Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia”*** (1 Corintios 1:27 al 29).

Pablo siempre hizo mucho hincapié en reconocer la gracia de Dios, porque según él, la gracia se puede anular viviendo como si la obra de Dios dependiera de nosotros. Los hijos de Dios tenemos todo otorgado en Cristo y fuera de Él no tenemos nada. Nosotros no vivimos haciendo cosas para

conseguir algo, sino porque ya lo hemos conseguido todo en Cristo.

No sería verdad que Cristo nos ha reconciliado con el Padre si todavía tuviéramos que alcanzar esa reconciliación. Hay algunos predicadores que no dejan en claro si ya tenemos todo en Cristo, o si todavía tenemos que hacer algo para conseguirlo.

Ese evangelio mete presión a las personas y deja en manos humanas aquello que solo debe funcionar a través de la gracia divina. Jesús no le dijo al ladrón que si bajaba de su cruz y lo servía durante unos años dando buen testimonio, podría llegar a estar con Él en Su Reino.

Las buenas obras de los hombres no consiguen el perdón de Dios; por el contrario, las buenas obras son claras expresiones de quienes han sido perdonados y transformados. La buena actuación de los hombres no consigue la salvación, sino que, por haber sido salvados, comienzan a actuar de buena manera.

La forma de hacerlo, además de la salvación y la posición de hijos, es a través de la pluralidad de los dones. Aunque es verdad que Pablo utiliza siempre el término gracia en singular y nunca en plural, la gracia recibida es pluriforme. Por tanto, podemos decir que la gracia es Jesucristo; Él es la gracia total. Sin embargo, a través de Él, recibimos muchos regalos: ***“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada...” (Romanos 12:6).***

Me parece que todavía queda por apuntar un aspecto importante de la obra de la gracia en la que Pablo también hubo de ser enseñado: los padecimientos, las pruebas y los procesos. Estos también son parte de la gracia maravillosa de Dios. Hoy no se predica considerando las adversidades como parte de la gracia, pero lo son. Predicar que la gracia incluye solo lo bueno también es adulterar su esencia. En ese contexto, Pablo nos atestigua una dificultad de su vida personal:

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí.

Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.”

2 Corintios 12:7 al 9

No sabemos en concreto qué fue ese aguijón en su carne; hay cierta controversia teológica al respecto y no me interesa entrar ahí, solo creo que se trató de alguna enfermedad. Esto hacía que Pablo no pudiera ensoberbecerse, pues cada tanto algo le recordaba su débil condición. Pablo pidió a Dios verse libre de esa espina, pero el Señor le dijo: ***“Bástate mi gracia...”***

Pablo aprendió desde su primer encuentro con Cristo en el camino de Damasco a reconocer el poder de Dios y de su gracia; cayó desorientado y ciego, fue perseguido, apedreado, encarcelado, azotado, apaleado, despreciado, traicionado, sufrió un naufragio, lo picó una serpiente y vaya uno a saber cuántas cosas más le ocurrieron, de las cuales no escribió.

Sin dudas, la gracia maravillosa de la que tanto escribió incluía ciertos padecimientos, pero Pablo nunca se quejó de eso; por el contrario, cuando en el ocaso de su vida dijo estar acabando la carrera, no solo estaba encarcelado, sino que estaba a las puertas de que cortaran su cabeza.

Al final, Pablo comprendió y pudo enseñarnos a todos que la gracia incluye todos los beneficios y todos los procesos, siendo la muerte la mayor corona de esa gracia. ***“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Filipenses 1:21).***

Lamentablemente, por causa del evangelio adulterado, falta de verdadera gracia, no se comprenden los procesos de dolor, la muerte y tampoco el martirio. Todo esto es parte de la gracia maravillosa de Dios, y si pudiéramos dimensionar esto, veríamos que, en la gracia, nunca se pierde:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de

matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”

Romanos 8:35 al 37

Personalmente, creo que el evangelio de hoy no será efectivo hasta que Dios trabaje en nuestras conciencias, limpiándonos de toda contaminación religiosa. La impronta recibida y la formación teológica de muchos pastores y líderes ha sido permeada por caudales carentes de gracia, tanto para enseñar que no es por mérito o fuerza humana, como para enseñar que las adversidades y la muerte son la corona de toda gracia.

Que se nos revele a Cristo y el evangelio sin adulterar será lo único que nos garantice el éxito en la tarea que Dios nos asignó (**2 Corintios 4:5 al 10**). La revelación de la gracia nos permitirá comprender que nuestros conocidos, amigos o familiares no necesitan ir a una reunión de culto, sino que necesitan recibir, por medio de nuestra vida, un evangelio no adulterado.

Que ellos puedan ver en nosotros la gracia de Dios, no solo por todos los beneficios recibidos, sino por la fortaleza que manifestemos al transitar toda situación de adversidad. Estoy convencido de que, si la gracia se nos revela con toda plenitud, hablaremos y actuaremos de tal manera que el resultado será sobrenatural y extraordinario.

Amados hermanos, necesitamos comunicar, proclamar y exponer claramente el evangelio de la gracia. Esto parece

lógico y fácil porque siempre asumimos que es nuestra asignación. Sin embargo, el desafío es poder hacerlo sin adulterar su esencia a conveniencia de nuestra lógica. Una persona que gestiona en su vida el evangelio no adulterado no puede permanecer por mucho tiempo en una misma condición; cambiará su posición de manera continua, pudiendo avanzar a la plenitud de vida con toda seguridad.

Dios nos habla a nosotros en este tiempo y, por el Espíritu, que debemos aprovechar para vivir lo que otros desearon y no pudieron. Somos privilegiados de vivir los tiempos de gracia que vivimos con el Señor, pero si no lo sabemos por carecer de la revelación correcta o por el evangelio adulterado, entonces nos perderemos las mayores virtudes que Cristo conquistó para nosotros en la cruz.

Los profetas y los héroes de la fe fueron hombres que pudieron asomarse a los misterios de la gracia y se maravillaron tanto por ella, que preguntaron a Dios quiénes vivirían semejante cosa, y Dios les dijo que no era para ellos, sino que para nosotros administraban el mensaje **(1 Pedro 1:10 al 12)**. Es curioso, porque nosotros admiramos mucho sus hazañas, sin embargo, ellos hubieran dado todo por tener lo que nosotros tenemos hoy: “la gracia que es Cristo”.

Debemos extremar todos los cuidados, porque el espíritu de la religión procura adulterar la verdadera Palabra. La gracia es un derecho reservado de Dios que se revelará a quien desee impartirla, pero nadie tiene derecho a enseñarla

incompleta, ni como una teoría, ni con agregados humanistas, simplemente porque dejará de ser gracia.

Nos hará falta una eternidad para entender completamente la gracia de Dios y por qué motivo Él nos amó de tal manera, pero eso no debe impedirnos que la celebremos y vivamos con toda intensidad. Tal vez no comprendamos fácilmente por qué determinó perdonar de manera tan simple a un ladrón que merecía su condena, pero así es nuestro Señor, lleno de gracia y de verdad.

¿Por qué es tan importante que vivamos el evangelio de la gracia y no adulteremos su esencia? Porque la gracia es Jesucristo. El infierno podrá esperar a cualquiera, pero nunca a un pecador que entendió la gracia.

La disciplina de la gracia es predicarnos todos los días a nosotros mismos que estamos en la gracia, sin adulterar esa verdad, y una Iglesia que ha comprendido eso es una Iglesia que ha atravesado victoriosamente el umbral del Reino. Quien lo cruza, no lo hace porque lo merece, sino porque cree. Y quien ha sido alcanzado por esa gracia está llamado a impartirla sin medida.

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

Hebreos 4:16

Capítulo cuatro

EL UMBRAL DE DE LOS SENTIMIENTOS

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.”

Juan 19:26 y 27

Uno de los momentos más sublimes y enigmáticos de la cruz fue el que protagonizó Jesús en relación con su madre María y el apóstol Juan. Desde el madero, en medio del dolor indescriptible, Jesús no perdió de vista a los que amaba. Pero tampoco perdió de vista la voluntad del Padre.

Este acto de entrega no fue solo una muestra de ternura filial, sino también una revelación espiritual: en el Reino de Dios, los vínculos no son determinados por la sangre terrenal, sino por la obediencia y el amor según el Espíritu.

Jesús fue perfectamente humano. Sintió, amó, lloró. No fue un hijo desalmado ni un hombre que despreció sus

raíces. Pero a lo largo de su vida, y especialmente en la cruz, dejó claro que el llamado divino estaba por encima de cualquier expectativa humana. Él sabía que obedecer al Padre, incluso cuando sus seres queridos no lo entendieran, traería bendición no solo al mundo entero, sino también, finalmente, a su propia familia.

La familia es un diseño de Dios, y como tal, tiene un valor profundo. Pero Jesús dejó claro que hay una prioridad mayor, y es la voluntad del Padre, quien establece los lineamientos del Reino. Tal vez por eso Él había enseñado claramente algo que asumimos fácilmente, pero que no es tan liviano como muchos creen:

“De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.”

Marcos 10:29 y 30

En otras palabras, no hay pérdida real cuando renunciamos a algo, aun a alguien, por amor al Reino. Lo que parece una renuncia, en realidad es una siembra. Y lo sembrado en obediencia siempre da fruto en bendición.

Jesús sabía que su madre quedaría bajo cuidado. Pero también sabía que su obediencia hasta la muerte abriría la puerta de la redención para ella, para sus hermanos y para toda la humanidad. Lo que a los ojos naturales podía parecer

abandono, era en verdad el acto de amor más grande y más eficaz que un hijo podía hacer: entregar su vida por cumplir la voluntad del Padre.

Uno de los dolores más profundos que enfrentan muchos creyentes hoy es la oposición o la incomprensión de sus propios familiares. No todos celebran cuando alguien decide vivir apasionadamente para Dios. Algunos lo consideran fanatismo, otros lo interpretan como rebeldía, y no faltan los que, como los hermanos de Jesús, piensan que esa persona ha perdido la razón.

“Al saber que estaba allí, los parientes de Jesús acudieron a llevárselo, pues decían que se había vuelto loco.”

Marcos 3:21 (DHH)

Sin embargo, Jesús no detuvo su marcha. No alteró su mensaje. No suavizó su compromiso. Su enfoque era claro: cumplir la voluntad de su Padre celestial, aunque eso le costara la incomprensión de los suyos. Y con esa determinación, trazó un camino para todo discípulo verdadero: ***“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”*** (Mateo 10:37).

No se trata de dejar de amar a nuestra familia, sino de poner a Dios en el primer lugar. Es ese amor superior al Padre el que nos capacita para amar mejor a los demás. Cuando Dios ocupa el trono de nuestro corazón, incluso nuestros vínculos familiares se purifican, se ordenan y se redimen.

Gracias a Dios, yo tuve una familia hermosa. Me crie en un hogar sin violencia, sin desorden, sin desamor. Fui el único hijo varón de la casa. Tuve una hermana mayor y una hermana menor, y todos fuimos muy amados por nuestros padres. Mi madre siempre fue una mujer muy especial y ella ya había conocido al Señor cuando yo me convertí, pero mi padre todavía no había sido alcanzado por la gracia divina.

Mi padre fue un buen padre, porque a pesar de sus errores personales, fue un padre que nunca nos maltrató y que nunca permitió que nada nos faltara. Sin embargo, él no era un hombre expresivo, por lo cual no nos transmitía su amor de manera clara. Solo era un buen hombre, pero en mi adolescencia yo no comprendía eso.

Como todo hijo, tenía mis demandas y mis insatisfacciones personales. Siempre había querido ser un orgullo para mi padre, pero no lograba ninguna demostración que me probara tal sentir de su parte. Eso produjo en mí una clara rebeldía, porque al no lograr la aprobación haciendo lo bueno, comencé a comportarme mal para llamar su atención. Fui un poco como Absalón: si mi padre no me recibe por las buenas, le prenderé fuego los campos.

La verdad es que esa rebeldía no me dio ningún resultado, porque mi padre simplemente parecía ignorar lo que yo hacía. Con los años supe que eso no fue así, pero en ese momento, es así como yo lo percibía. Al no poder llamar su atención, me dediqué a mejorar mi vida trabajando y

estudiando, hasta que siendo muy jovencito logré abrir mi propio negocio.

Al tiempo, fue en ese negocio (una cafetería) que tuve una manifestación de Dios absolutamente gloriosa y sobrenatural. Eso fue tan fuerte para mí, que mi vida cambió por completo. Comencé a congregarme y a pasar la mayor parte de mi tiempo con la Biblia y en la búsqueda de la presencia de Dios, por lo cual mi entrega fue absoluta, radical y difícil de entender para muchos.

Algunos familiares y amigos llegaron a pensar que había perdido el equilibrio mental, porque vivía demasiado enfocado en Dios, y puedo decir ahora que si alguien cercano a mí se hubiera comportado como lo hice yo, seguramente me habría preocupado mucho. Yo estaba claro en mi mente y en mi corazón, pero entiendo que los demás no lo habrán percibido de esa manera.

Muchos clientes de mi negocio dejaron de ir, y muchos supuestos amigos dejaron de frecuentarme. Dejaron de invitarme a las cenas que habitualmente compartíamos, y mucho menos me invitaban a salir con ellos. Algunas mujeres que conocía me llamaban por teléfono y me preguntaban si deseaba verlas, pero ante mi negativa, terminaban poniendo en duda mi hombría.

Yo trataba de explicarles lo que estaba viviendo con Dios, pero ciertamente no lograba transmitir de manera efectiva lo que me pasaba, y es lógico, porque el evangelio

es locura para las personas naturales; no lo pueden comprender, pues las cosas espirituales solo pueden ser entendidas espiritualmente **(1 Corintios 2:14)**.

Algunos amigos aceptaron mi “locura”, pero me pidieron que no les hablara más de Dios. Otros simplemente dejaron de tratarme. Cuando tuve esa experiencia sobrenatural y gloriosa con Dios, pensé que todos mis amigos me creerían y que, aun, podría conducirlos a la misma experiencia. Sin embargo, no fue así. Todos me respetaban mucho, y tal vez por eso pensé que todos me entenderían rápidamente, pero me di cuenta de que no era así, y que muchos no tuvieron reparo en despreciar mi amistad por esa causa.

Yo no entendía cómo era posible que, siendo una persona que fumaba, tomaba y salía con quien se me cruzara la gana, todos me apreciaban como un buen amigo, pero después de recibir la vida de Cristo, de sentirme pleno, feliz y limpio de todo vicio, todos dejaran de apreciarme como amigo. Eso fue muy doloroso, pero nunca fue una opción para mí dejar a Cristo para ser aceptado por ellos.

Lo de mi padre fue muy especial, porque habiendo pretendido ser su orgullo, ahora me encontraba en una posición vulnerable, ya que el desprecio de mi padre hacia mi vida consagrada a Dios era absolutamente evidente. Y la verdad es que eso me dolía bastante, pero tampoco eso fue una opción para mí apartarme de Cristo para agradar a mi padre; yo simplemente oraba por él.

Recuerdo que cuando él pasaba por mi lado y me veía leyendo la Biblia, hacía ciertas muecas de desprecio y no soportaba que hablara de Dios con mi madre o mi hermana mayor. Un tiempo atrás había regalado a mi padre un perro ovejero alemán muy lindo, que se llamaba Jack, pero en protesta por todo lo que veía, mi padre le cambió el nombre y le puso Satanás.

Hoy en día eso me parece muy gracioso, pero en ese momento no me parecía así. Me molestaba mucho, pero con esas actitudes mi padre no lograba los resultados que esperaba, porque me veía cada vez más consagrado al Señor. De hecho, mi conversión y mis procesos fueron tan radicales que al poco tiempo me consagraron como evangelista y comencé a servir a Dios predicando Su Palabra.

Yo amaba a mi padre, así como también al resto de mi familia, a mis amigos inconversos, a los que me aceptaban y a los que no; pero entendí que la única manera de demostrarles mi amor era orando por ellos y dándoles testimonio, para ser como un canal por medio del cual Dios pudiera manifestarse a sus vidas. Y así fue con muchos de ellos.

Por supuesto, no todos se convirtieron, pero mi padre recibió la gracia del Señor, permitiéndome varias veces orar por él, demostrando que sentía admiración por mi vida y ministerio, incluso escuchándome predicar antes de partir. Nada de eso hubiera sido posible si, en lugar de enfocarme en Cristo, hubiera tratado de complacerlo.

Algunos amigos muy queridos por mí también dieron testimonio de haber recibido la gracia del Señor. De hecho, pude visitar a uno de esos amigos en su lecho de muerte y, al verme, me dijo: *“Yo no entendía lo que vos estabas viviendo ni lo que me hablabas con tanta pasión, pero ahora sí te entiendo... Cuando me hacen quimioterapia, la gente me mira y no puede comprender mi actitud, porque yo me sonrío y me siento feliz, porque Jesús está a mi lado... Ahora te entiendo, amigo, y quiero que sepas que estoy lista para irme con Él...”*

Hoy puedo escribir sobre esto, pero créanme que en ese tiempo de confrontación y desprecio no me fue tan fácil sobrellevar el dolor que sentí. Sin embargo, tenía muy en claro que el Reino era primero, que siendo joven, no estaba perdiendo mi vida dejando todo de lado para vivir la gracia maravillosa de Cristo.

Me dolió que las mujeres que alguna vez me habían demostrado su admiración luego me miraran como un estúpido atrapado por una religión, pero yo sabía que no era así. Yo había conocido al Señor y no había, ni habrá jamás, nada que pueda ser más valioso y maravilloso que Él. Cuando ponemos en primer lugar a Dios, todo lo demás se irá ordenando según la soberana voluntad del Rey.

En la cruz, Jesús instituyó una nueva manera de ser familia. Juan, el discípulo amado, recibió a María como madre. María recibió a Juan como hijo. Lo que los unía no era la genética, sino la obediencia compartida al Hijo de Dios.

Yo comencé a cultivar una familia hermosa en la fe, y me hice de muchos nuevos y verdaderos amigos. En el Reino, el amor se expande y los vínculos se multiplican más allá de la biología.

La Iglesia está llamada a vivir en esa dimensión. Somos hijos de un mismo Padre, miembros de una misma familia espiritual. No sustituimos nuestra familia terrenal, pero entendemos que el lazo más fuerte que puede existir entre dos personas es aquel sellado por el Espíritu y no por la carne.

Muchos creyentes se sienten paralizados por el deseo de ser aceptados por sus familias. Temen evangelizar, consagrarse o decir “no” a ciertos compromisos, porque no quieren perder la aprobación de los suyos. Pero Jesús nos mostró que el camino del Reino exige determinación, y que muchas veces la mayor muestra de amor no es ceder, sino permanecer firmes.

Algunos padres llegarán al Señor al ver a sus hijos firmes en la fe. Algunos cónyuges serán tocados por el testimonio perseverante de su pareja. Algunos hermanos serán quebrantados por el amor incondicional de quien decidió seguir a Cristo aunque lo llamaran loco. Así como Santiago y Judas, hermanos de Jesús, terminaron rindiéndose a Él, también muchos hoy verán la luz si la Iglesia no renuncia a su llamado.

Nuestra generación necesita creyentes que tengan claro que Dios no es un accesorio más en la vida, sino el centro de todo lo que somos y tenemos. Una Iglesia firme, valiente, que prioriza la obediencia por encima de la opinión, el llamado por encima del confort, la verdad por encima de la aceptación. No podemos ser discípulos a medias ni hijos del Reino con un pie en los sentimientos y otro en la Palabra.

Los sentimientos son una realidad, pero la Palabra es la verdad eterna. Entiendo perfectamente el dolor de aquellos que oran por la conversión de sus familiares, pero debo decirles que la mejor manera de obtener resultados en el Reino es ser como Jesús, quien nos enseñó a priorizar la voluntad del Padre, quien nos enseñó a morir para recibir.

Al final, los evangelios mencionan a Santiago, Judas, José y Simón como hermanos de Jesús. Santiago, en particular, es identificado como un líder importante en la iglesia primitiva, conocido como Santiago el Justo, y se cree que murió como mártir. Otros hermanos, como Judas, también son mencionados en las Escrituras y se cree que desempeñaron roles importantes en la expansión del cristianismo.

Cuando Jesús ejerció su ministerio terrenal, ninguno de ellos estuvo a su lado; más bien, lo cuestionaron por lo que estaba haciendo. Pero su fidelidad hizo que todos ellos, incluso su madre y sus hermanas, conocieran la gracia y recibieran la vida eterna. Esto se produjo por la fidelidad de

Jesús, no por su actitud para con ellos. De hecho, la Biblia dice:

“Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar. Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar. Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre.”

Mateo 12:46 al 50

Sin embargo, fue su pasión, su enfoque y su obediencia al Padre lo que les abrió el cielo a su familia y a sus afectos. La Iglesia debe ser entendida en estas prioridades, porque hoy en día hay muchos hermanos que solo están enfocados en el dolor que les produce ver a sus afectos en oscuridad. Ruego que todo ese dolor se canalice en obediencia, en entrega y en consagración, comprendiendo que eso es lo mejor que pueden hacer por ellos.

Poner a Dios primero nos hará vivir decisiones difíciles. Es cierto que primeramente nos acusarán de fríos, de fanáticos, de ingratos. Pero, al igual que Jesús, debemos mirar más allá del momento y ver el fruto eterno. Porque al obedecer hoy, estamos preparando salvación para muchos de los que hoy pueden estar criticándonos.

No debemos tener temor de caminar en la voluntad del Padre, aunque eso nos cueste incomprensión o rechazo. Lo que hoy puede parecer una pérdida, créanme que es una buena inversión. Lo que parece soledad es siembra en fidelidad. Y lo que parece ruptura, Dios lo usará para redención.

Debemos seguir a Jesús con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma. También debemos amar a nuestra familia y afectos personales, debemos orar por ellos, bendecirlos y predicarles el evangelio. Pero no debemos renunciar a nuestro llamado y nuestra posición en Cristo.

La mejor herencia que les podemos dejar a todos es nuestra consagración, nuestra obediencia a Dios, nuestra pasión por el Reino. Porque cuando Dios es lo primero en nuestras vidas, todo lo demás irá encontrando su verdadero lugar.

“Por lo tanto, buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura.”

Mateo 6:33 DHH



Capítulo cinco

EL UMBRAL DEL DOLOR

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Mateo 27:46

Sin dudas, este también fue un clamor que quebró los cielos. Un grito que brotó del Hijo en el momento más oscuro de su existencia terrenal. Jesús, colgado entre el cielo y la tierra, ensangrentado, humillado, solo... pronunció estas palabras que aún hoy resuenan con una fuerza que atraviesa los siglos.

No eran palabras improvisadas ni un desahogo sin sentido. Eran la expresión más sincera de una fe que, aunque herida, no se rinde. Una fe que clama, incluso en medio del abandono. Que se aferra, incluso en medio del silencio. Que llama “Dios mío”, aunque la respuesta no llegue.

Allí, en el Gólgota, en la cima del sufrimiento humano y divino, Jesús no solo cargaba con nuestros pecados, sino que también descendía a lo más profundo de la experiencia

humana: la sensación de desamparo. El Creador sintiendo el peso del abandono. El Eterno sintiendo la distancia. El Hijo sintiendo que el Padre había apartado Su rostro. Y es en ese momento, en ese abismo de angustia, es donde la Iglesia debe detenerse... y aprender.

Porque hay momentos en los que el alma también grita. En los que los caminos se tornan oscuros y la voz de Dios parece haberse esfumado. Hay estaciones en las que todo parece quebrarse: las promesas, las fuerzas, la esperanza. Desiertos donde no hay nubes, ni sombra, ni lluvia. Solo arena caliente, viento áspero, y una soledad que abrumba. Y entonces, el corazón pregunta: “¿Dónde estás, Señor? ¿Por qué me has dejado?”.

Y aunque sabemos teológicamente que Dios nunca abandona a los suyos, no podemos negar que hay estaciones en las que lo sentimos así. No porque Él se haya ido, sino porque ha decidido esconderse por un momento para que aprendamos a buscarlo más allá de lo evidente. Para que nuestra fe deje de ser emocional y se convierta en convicción. Para que aprendamos a caminar no por lo que vemos, ni siquiera por lo que sentimos, sino por lo que creemos.

El desierto es el lugar donde mueren nuestras certezas humanas y nace la verdadera dependencia de Dios. Allí no hay sostén natural, no hay recurso propio, no hay voz amiga que consuele. Solo queda la desnudez del alma frente al silencio de lo divino. Pero es precisamente en ese silencio donde Dios habla con más profundidad. Es en la soledad

donde nos revela secretos que no se pueden aprender en los templos, ni en la presencia de multitudes, ni en los altares de celebración.

El desierto ha sido desde siempre el taller de Dios. Moisés lo habitó durante cuarenta años hasta que la zarza ardiente cambió su historia. El pueblo de Israel deambuló por él hasta que conoció el maná, el agua de la roca, y la nube que guiaba de día y de noche. Elías caminó bajo el peso de la amenaza y la depresión hasta que escuchó el susurro de una voz suave. Y el mismo Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto antes de comenzar su ministerio, no para ser castigado, sino para ser afirmado.

La Iglesia necesita volver a amar el desierto. No por el dolor que implica, sino por el Dios que allí se revela. Porque el desierto no es el final. Es el umbral hacia algo mayor. Es el crisol donde se funde el carácter. Es el horno donde se purifica la fe. Es el aula donde se aprende que aunque Dios guarde silencio, sigue siendo Dios. Y que aunque la respuesta no llegue, su presencia sigue siendo real.

El clamor de Jesús en la cruz nos enseña que la fe verdadera no es la que solo canta en los días buenos, sino la que sigue orando en medio del quebranto. Es la fe que se atreve a seguir llamando ***“Dios mío...”*** cuando todo dentro de nosotros grita que estamos solos. Es la fe que no abandona, aunque se sienta abandonada. Y aún en ese clamor, Jesús no dejó de confiar.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no respondes; Y de noche, y no hay para mí reposo...”

Salmo 22:1 y 2

El eco de las palabras de Jesús nos lleva al **Salmo 22**, un poema que comienza en angustia, pero termina en victoria. Un lamento que se transforma en alabanza. Una oración que empieza con un ***“¿por qué?”*** y culmina con la exaltación del Señor entre todas las naciones.

“Porque del Señor es el reino; él gobierna sobre las naciones. Festejarán y adorarán todos los ricos de la tierra; ante él se postrarán todos los que bajan al polvo, los que no pueden conservar su vida. La posteridad le servirá; del Señor se hablará a las generaciones futuras. A un pueblo que aún no ha nacido se le dirá que Dios hizo justicia.”

Salmo 22:28 al 31 (NVI)

Jesús sabía que ese aparente desamparo no era eterno. Que el silencio del Padre no era olvido, sino parte del propósito. Que después de la cruz vendría la resurrección. Que tras el viernes oscuro, amanecería un domingo glorioso, y nosotros no debemos ignorar este principio.

Ese salmo profético lo escribió David, un hombre que pudo fundirse con las vivencias del Mesías porque también

sufrió, porque también supo lo que implica la soledad, el desierto, las cuevas y el dolor.

Es verdad que David tuvo un corazón muy especial para Dios, pero su alma muchas veces se quebró bajo el peso del silencio. David no solo fue rey, guerrero y salmista. Fue también un hombre de lágrimas. De noches largas y suspiros pesados. Fue ungido por el profeta, sí, pero también fue perseguido por el rey. Fue celebrado por las multitudes, pero también olvidado en cuevas, exiliado, traicionado, herido en lo más íntimo.

David conoció el valle y la cima, la unción y la soledad, la promesa y el silencio. Fue elegido, pero no evitó el sufrimiento. Amado por Dios, pero no excluido del quebranto. Quizás por eso su voz aún resuena en cada alma cansada, en cada creyente que lucha por entender los tiempos oscuros del alma.

En el **Salmo 13:1**, el corazón de David se desbordó con una pregunta que se parece mucho a la que Jesús pronunció en la cruz: “*¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?*”. Allí está David, sin máscaras, sin discursos religiosos, hablando desde el abismo de su angustia. Un hombre que se atrevió a decirle a Dios lo que otros callaban. Que no escondió su debilidad, sino que la convirtió en oración y en ejemplo para muchos.

Sin embargo, aun en ese mismo salmo, mientras sus palabras aún están mojadas de dolor, declara: ***“Pero yo confío en tu gran amor; mi corazón se alegra en tu salvación. Cantaré al Señor, porque él me ha sido bueno”*** (Salmo 13:5 y 6). Allí está el misterio del alma de David: el dolor nunca anuló su esperanza. El lamento nunca canceló su alabanza. Hay una fe que sobrevive al llanto, una certeza que permanece cuando todo parece estar al revés, y la Iglesia debe cultivarla.

En la cueva de Adulam, perseguido por Saúl, con su vida pendiendo de un hilo, David escribió: ***“Con mi voz clamaré a Dios; con mi voz pediré a Dios misericordia. Delante de él expondré mi queja; delante de él declararé mi angustia”*** (Salmo 142:1 y 2). No negó su angustia, pero tampoco renunció a su Dios. Sabía que aun en la oscuridad podía hablar. Que aun sin respuestas podía clamar. Que aun sintiéndose desamparado, tenía refugio en Dios.

Cuando sus propios amigos hablaban de apedrearlo, después del desastre de Siclag, cuando lo había perdido todo y no quedaba nadie a su favor, las Escrituras nos revelan algo maravilloso: ***“Mas David se fortaleció en Jehová su Dios”*** (1 Samuel 30:6). No fue la espada la que lo sostuvo. No fue el consejo de los hombres. Fue Dios. Solo Dios. Aquel que no se ve, pero se siente en el alma. Aquel que parece guardar silencio, pero que está presente en la hondura del espíritu.

David fue muchas veces desamparado por los hombres, pero nunca abandonado por su Dios. En sus peores

días, escribió los más hermosos salmos. En su dolor, nació la poesía eterna. En su debilidad, se manifestó la fortaleza divina, y aunque vivió bajo un pacto muy inferior al Nuevo Pacto que vivimos hoy, continúa siendo un gran ejemplo para todos nosotros.

Cuando huía por los montes, decía: ***“Jehová es mi pastor, nada me faltará”*** (Salmo 23:1). Cuando su alma se secaba, clamaba: ***“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía”*** (Salmo 42:1). Cuando sus enemigos se multiplicaban, proclamaba: ***“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?”*** (Salmo 27:1). Cuando sus lágrimas eran su pan de día y de noche, confesaba: ***“Esperé pacientemente a Dios, y Él se inclinó a mí, y oyó mi clamor”*** (Salmo 40:1).

David no fue perfecto, pero fue sincero. No fue invencible, pero fue transparente. Nos enseñó que se puede ser un hombre de Dios y aun así llorar, dudar y caer. Pero también que se puede volver, cantar y ser restaurado. Nos mostró que la fe no es un escudo contra el dolor, sino una lámpara en medio de él.

La Iglesia necesita volver a escuchar el eco de esos salmos. Necesitamos recordar que está bien no estar bien. Que hay un altar para el quebrantado, una canción para el que gime, una esperanza para el que ha perdido todo. Que Dios no se aleja del corazón roto, sino que lo habita. Que aun en el grito más desesperado, Él se revela. Que cuando decimos:

¿Por qué me has desamparado?”, Él responde con gracia, consuelo y presencia.

David, el rey poeta, nos dejó el mapa del alma humana. Y al final de todos sus caminos, de todas sus batallas, de todos sus lamentos, escribió una frase que debería quedar grabada en los muros del corazón:

“Hubiera yo desmayado, si no hubiera creído que había de ver la bondad del Señor en la tierra de los vivientes.

Espera al Señor; esfuérzate y aliéntese tu corazón.

Sí, espera al Señor.”

Salmo 27:13-14 (LBLA)

Así también la Iglesia. Somos llamados a atravesar momentos de oscuridad, no para quedarnos en ellos, sino para resucitar transformados. Somos invitados a pasar por los desiertos, no como castigo, sino como parte de nuestra formación. Porque hay cosas que solo se aprenden cuando se nos cae el piso, cuando se apagan las luces, cuando se cierran las puertas. Y aunque parezca que Dios se ha ido, descubriremos que Él ha estado más cerca que nunca, trabajando en silencio, forjando en lo secreto, preparando algo nuevo.

Que nunca se apague en nosotros esa llama que clama ***“Dios mío”*** incluso cuando no entendemos. Que la Iglesia no tema los desiertos, sino que los abrace con madurez, sabiendo que en ellos se escucha el susurro del Amado. Que

aprendamos a ser una generación que no vive solo de señales, sino de la Palabra eterna que sostiene aún en la oscuridad.

El grito de Jesús en la cruz no fue un lamento sin esperanza. Fue una oración envuelta en dolor, pero saturada de fe. Fue un eco de humanidad, pero también una declaración de confianza. Porque al final, aunque no lo entendamos, sabemos que Dios nunca nos abandona. Y que todo aquel que atraviesa el desierto con los ojos en el cielo, terminará viendo florecer la tierra seca bajo sus pies.

La Iglesia de este tiempo necesita una fe que no se quiebre en el silencio, una fidelidad que no dependa de la emoción, y una profundidad que no se edifique sobre las circunstancias. Necesitamos formar discípulos que no se escandalicen en el dolor, sino que lo entiendan como parte del camino del Reino. Pastores que no teman hablar del quebranto, sino que guíen a otros a través de él. Líderes que no huyan del desierto, sino que aprendan a habitarlo, a escuchar en él, a levantar altares en medio de la arena.

El grito de Jesús en la cruz nos llama a ser Iglesia en el dolor. A ser voz en el silencio. A ser luz en la noche. Y a recordar que el que se sintió desamparado fue finalmente resucitado por el poder del Padre. Así también nosotros. Así también su Iglesia, esa es nuestra esperanza.

***“Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto,
Y hablaré a su corazón.”***

Oseas 2:14

Capítulo seis

EL UMBRAL DE LOS DESEOS

“Tengo sed...”

Juan 19:28

En aquel monte sombrío llamado Gólgota, donde la justicia de Dios y el amor por la humanidad se encontraron en la cruz, se escuchó nuevamente la voz rota del Señor. Una voz apenas audible que emergió desde lo profundo del sufrimiento diciendo: *“Tengo sed...”*

No fue una frase casual ni simplemente la expresión natural de un cuerpo desangrado por horas de tortura. Fue mucho más. Esa frase escondía un eco eterno. Era el grito del Hijo de Dios, no solo por agua, sino por algo infinitamente mayor: por el cumplimiento del propósito divino, por el Reino manifestado, por los corazones rendidos, por la humanidad redimida. Era una sed que venía del alma, no solo de la carne. Una sed que ardía desde el principio de los tiempos y que encontró su clímax en aquel momento de consumación.

Jesús tenía sed. Y no era solo el Hijo del Hombre en Su necesidad humana, sino el Rey eterno expresando Su anhelo más profundo: que la justicia, la verdad, la redención y la gloria del Reino llenaran la tierra como las aguas cubren el mar. Su sed era espiritual, profética, divina. Era la expresión de un corazón completamente entregado a los propósitos del Padre, clamando por ver Su voluntad hecha en la tierra como en el cielo.

Las preguntas para nosotros hoy deben ser: ¿Se nos han revelado las palabras de Jesús? ¿Cómo Iglesia, de qué tenemos sed? Hoy vivimos rodeados de una generación sedienta... pero sedienta de cosas equivocadas. Multitudes claman por dinero, por bienestar personal, por éxito efímero, y no es que Dios no desee darnos lo mejor, sino que eso no es lo que debe despertar nuestra sed.

La sed es un mecanismo esencial para la supervivencia que nos alerta sobre la necesidad de hidratación. Es importante contar con esa alarma, escuchar a nuestro cuerpo y beber cuando sintamos sed. Entendamos que un adulto sano y de edad mediana, en condiciones normales, puede vivir como mucho cinco días sin beber agua, pero luego morirá. Es decir, que tener sed es una cuestión vital.

Los deseos vitales en la vida espiritual solo deben estar vinculados con el Reino. No podemos olvidar que Jesús dijo: ***“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento...”*** (Mateo 22:37 y 38). Esto no se puede

negociar: corazón, alma y mente le pertenecen al Señor, no a los deseos personales.

Esto no implica que anulemos nuestros deseos o que tenerlos sea algo malo. De ninguna manera. Lo que sí implica es que ningún deseo personal nos produzca sed. Podemos tenerlos, o incluso trabajar para alcanzarlos, pero la sed solo debe ser generada por la vida del Espíritu.

Hoy en día, muchos sienten sed por visibilidad, aceptación social, éxito laboral, poder económico, etc. Pero esa es una sed hueca, pasajera, que nunca satisface. Y tristemente, esa misma sed mal dirigida ha contaminado también a muchos en el Cuerpo de Cristo. La Iglesia ha sido tentada a cambiar la fuente de aguas vivas por cisternas rotas que no retienen agua (**Jeremías 2:13**).

Miremos, por ejemplo, al rey Salomón, hijo de David, quien fue uno de los hombres más prominentes de la historia bíblica. Su sabiduría fue incomparable, sus riquezas inconmensurables, y su reino alcanzó alturas de esplendor nunca antes vistas en Israel.

Su fama trascendió fronteras, y reyes y reinas de otras naciones venían a escuchar su consejo y a admirar la gloria de su reinado. Sin embargo, este hombre que alcanzó todo lo que el corazón humano podría desear terminó sus días con una amarga conclusión: ***“Vanidad de vanidades, todo es vanidad”*** (**Eclesiastés 1:2**).

La vida de Salomón representa un espejo en el que muchos cristianos modernos debemos mirarnos. Su historia no nos habla solo de logros y esplendor, sino también de una profunda frustración espiritual. Salomón no cayó por falta de oportunidades o bendiciones, sino por haber entregado su corazón, su alma y su mente a tener, más que a ser en Dios. Su búsqueda incesante por el placer, la acumulación y el reconocimiento terminó en vacío.

En el libro de Eclesiastés, Salomón expone su experiencia con una honestidad brutal: ***“No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno... Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu”*** (Eclesiastés 2:10-11).

Salomón se dio todos los gustos: palacios, jardines, concubinas, arte, banquetes, sabiduría, poder. Nada le fue negado. Y sin embargo, en lo profundo de su alma, encontró que su ser no se podía llenar con posesiones ni logros, sino que el único que puede producir ese estado es Dios. Cada esfuerzo por buscar sentido en lo terrenal terminó en desilusión. Esta confesión de un rey sabio no puede ser ignorada por el cristiano de hoy.

Vivimos en una cultura que ensalza el “tener”: tener más dinero, más seguidores, más experiencias, más títulos, más comodidades. Y muchos creyentes, sin advertirlo, comienzan a medir su valor espiritual con estos parámetros

del mundo. Comienzan a vivir como si el propósito de Dios fuera hacerlos exitosos más que santos, o populares más que transformados. Pero el evangelio de Cristo no es un camino hacia el ego satisfecho, sino hacia el yo crucificado. Jesús mismo dijo:

“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?”

Marcos 8:36

El peligro del tener es que puede llegar a robarnos la esencia del ser. Seguramente todos diríamos que algo así no nos pasaría, pero eso solo lo sabe Dios. Cuando el corazón se entrega a los placeres, a las posesiones, o incluso a los ministerios con mentalidad de éxito personal, se desplaza el centro: Cristo deja de ser el todo y se convierte en un medio para obtener algo más. Cristo deja de ser nuestro deleite, y eso nos pone a las puertas del fracaso.

Todo cristiano que abandona la intimidad con Cristo por perseguir logros personales terminará frustrado, porque nada fuera de Él puede llenar el vacío del alma. Salomón nos grita desde las páginas de Eclesiastés que la vida sin Dios, por más brillante que parezca, es una sombra sin sustancia. Su llamado final es claro: ***“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre”*** (Eclesiastés 12:13).

Ese es el punto central: Dios no nos llamó a tener éxito como el mundo lo define, sino a tener comunión con Él, a ser

transformados a la imagen de su Hijo, a deleitarnos en Su presencia. En un mundo que nos empuja a construir imperios personales, la Palabra nos llama a construir sobre la Roca, a ser en Cristo lo que no podemos ser por nosotros mismos.

Salomón fue un rey grande, pero su mayor lección fue espiritual. Tuvo todo, pero aprendió que sin Dios, todo es nada. Que esa voz no sea ignorada por nosotros. Porque un corazón que vive para tener terminará seco, pero el que vive para ser en Cristo hallará plenitud, gozo y propósito eterno.

Muchos hermanos hoy en día se han inclinado a beber del mundo, olvidando que solo hay una fuente que verdaderamente sacia el alma: la presencia del Rey y la plenitud de Su Reino. Entendamos que estoy hablando de sed. Reitero: no estoy diciendo que no debemos proyectarnos o procurar un bienestar para nuestras familias. Quienes me han escuchado enseñar o han leído mis libros, sabrán que creo en la bendición integral. No creo en un evangelio de la prosperidad, pero sí en el evangelio del Reino que prospera.

Lo que debemos tener claro es que la prosperidad del Reino no es generada para la vanidad. Dios no procura prosperar a su pueblo solo para satisfacer ambiciones sin propósito. En **Efesios 3:20** dice: ***“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros”***. Que Dios sea Soberano significa que tiene la sabiduría, el poder y la autoridad para hacer lo que quiera, y

sin dudas Sus deseos para nosotros son buenos, agradables y perfectos (**Romanos 12:2**).

Sin embargo, esto no implica complacer vanidades que nada tienen que ver con el Reino. No hay límite a lo que Dios puede hacer en respuesta a nuestras oraciones, porque Su poder va mucho más allá de lo que podemos pedir, soñar o incluso comprender, pero todo lo hará conforme a Su propósito. Debemos guardar nuestra sed para las cosas correctas. Podemos desear cosas, pero no al grado de sentir sed.

Jesús dijo: “***Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados***” (**Mateo 5:6**). No se refería a una justicia social según el criterio humano, ni a un clamor superficial, sino al profundo anhelo del corazón regenerado que ya no se conforma con este mundo, que no acepta la oscuridad como normalidad, y que espera con lágrimas y gemidos la revelación del Reino de Dios en plenitud.

Esa sed es la sed de los bienaventurados, la que se despierta en nosotros a través del cuerpo de Cristo, no de nuestro cuerpo biológico. Porque quien tiene esa sed no puede vivir anestesiado por lo temporal. Quien tiene esa sed no se conforma con asistir a una congregación, sino que desea ser parte de un avivamiento que sacuda generaciones.

Cuando Jesús dijo “***Tengo sed...***” también lo hizo sabiendo que todo estaba consumado (**Juan 19:28**). Es decir,

su sed fue el broche profético final a una vida de obediencia perfecta. Fue la expresión final del corazón de un Rey que vivió deseando ver el Reino manifestado en la tierra. Nuestra sed es para ver consumado el propósito del Reino en esta generación, pero no es una sed impregnada en inseguridades o temores.

Como Iglesia, estamos llamados a seguir las pisadas de Cristo, y por eso debemos también abrazar Su sed. No podremos caminar en la plenitud del Reino si no cargamos con el mismo deseo ardiente que ardía en Su alma. No podemos considerarnos miembros activos de Su cuerpo si no percibimos el clamor de Su esencia.

¿Dónde están los que tienen sed de Su justicia, al ver la corrupción que reina en el mundo? ¿Dónde están los que tienen sed de Su verdad, en medio de la mentira y el engaño? ¿Dónde están los que anhelan Su salvación, sabiendo que millones caminan rumbo a la perdición? ¿Dónde están los que claman por Su paz, en un tiempo donde las guerras y el odio parecen crecer sin freno?

¿Dónde están los que desean redención para las naciones, los que oran con pasión por los perdidos? ¿Dónde están los que suspiran por Su venida, los que tienen sus ojos en el cielo y sus lámparas encendidas? ¿Dónde están los que no pueden vivir un día más sin ver Su Reino avanzar? Sin duda están, pero escondidos en la intimidad del Padre.

No podemos ver a una Iglesia sedienta por la justicia divina o hambrienta de Palabra y propósito eterno, pero sí podemos asegurar que siempre hay un remanente reservado por Dios para consumir sus deseos. El tema no es si hay hermanos sedientos de la verdad, sino si somos nosotros parte de ese remanente.

La sed verdadera no se oculta. No se silencia. No se negocia. Es como un fuego interior, un clamor que no cesa, un desvelo del alma. El salmista lo expresó con palabras inolvidables: ***“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?”*** (Salmo 42:1 y 2).

Esa clase de sed es la que activa el movimiento del Reino. Esa sed fue la que llevó a Moisés a clamar: ***“Muéstrame tu gloria.”*** Esa sed impulsó a Elías a desafiar a los profetas de Baal. Esa sed hizo que Ana orara hasta que Dios le dio a Samuel. Esa sed hizo que los discípulos esperaran en el aposento hasta ser investidos de poder desde lo alto.

Pero una Iglesia que ha perdido la sed se vuelve indiferente. Se conforma con vivir a medias, con templos llenos y corazones vacíos. Se vuelve una comunidad domesticada, más preocupada por su crecimiento numérico y edilicio que por el crecimiento espiritual. Es una comunidad de gente que trabaja para obtener mayor comodidad, pero no procura cumplir con excelencia su verdadera comisión.

El Señor reprendió con firmeza a la iglesia de Laodicea porque había dicho en su corazón: ***“Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad.”*** Pero el diagnóstico divino fue demoledor: ***“No sabes que eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”*** (Apocalipsis 3:17). La falta de la sed correcta es el inicio de la muerte espiritual.

Hoy el Espíritu Santo está despertando en los corazones una nueva clase de sed. No la sed por emociones religiosas, sino por una verdadera transformación. No la sed por eventos masivos, sino por el fuego continuo del altar. No la sed por reconocimiento, sino por la revelación de los movimientos espirituales que debemos ejecutar en este tiempo. Sed por ver el Reino de Dios hecho realidad en cada rincón de la tierra. Sed por la venida gloriosa de nuestro Rey. Sed por la consumación de Su propósito eterno.

Y esa sed nos posiciona en el umbral. En ese límite entre lo que ha sido y lo que viene. En ese punto donde el deseo de Cristo y el deseo de Su Iglesia se encuentran, se funden y encuentran impulso. En ese lugar donde el cielo toca la tierra, no por esfuerzo humano, sino por una sed divina que nos hace clamar con el Espíritu: ***“¡Ven, Señor Jesús!”***

Cristo sigue diciendo desde la cruz: ***“Tengo sed...”*** Y la Iglesia, Su Esposa, responde: ***“¡También yo tengo sed! Sed de Ti. Sed de Tu Reino. Sed de lo eterno. Sed de lo verdadero. Sed de la gloria del Cordero reinando en toda la tierra...”***

No queremos vivir satisfechos con lo que el mundo nos ofrece. Queremos ser como aquellos que caminan por el desierto con los ojos fijos en la nube de gloria. Como los que no se detienen hasta ver la tierra prometida. Como los que no se conforman con sombras, sino que desean la sustancia. Porque sólo cuando recuperemos esa sed, estaremos verdaderamente listos para cruzar el umbral del Reino.

***“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos serán saciados.***

***Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos
alcanzarán misericordia.***

***Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán
a Dios...”***

Mateo 5:6 al 8



Capítulo siete

EL UMBRAL DEL PROPÓSITO

“Consumado es...”

Juan 19:30

La cruz no fue el final de una tragedia, sino la culminación gloriosa de un plan eterno. Cuando Jesús pronunció estas palabras, no dijo “se terminó”, sino *“Consumado es”*, porque no fue un suspiro de derrota, sino un grito de victoria. Fue el eco de una vida vivida con absoluta fidelidad al propósito del Padre. Fue la declaración de que todo lo que el Reino requería para su irrupción en la tierra había sido completado por medio de Su obediencia, Su sangre y Su sacrificio.

Desde el principio, Jesús vivió con la mirada puesta en la consumación. Cada paso, cada palabra, cada milagro, cada confrontación con las tinieblas, fue parte del avance hacia esa hora final. En más de una ocasión pronunció frases como esta: *“Porque yo no he bajado del cielo para hacer mi propia voluntad, sino para hacer la voluntad de mi Padre,*

que me ha enviado” (Juan 6:38 DHH). Y al llegar al Gólgota, no retrocedió.

El dolor no lo desvió, la soledad no lo quebró, el rechazo no lo detuvo. Su amor por el Padre y por la humanidad fue más fuerte que la cruz misma. En la frase “Consumado es” no solo se sella Su obediencia perfecta, sino que se abre la puerta para que muchos entren al Reino. Ese grito resuena aún hoy, llamando a una Iglesia que también viva para consumir el propósito del Cielo.

Hoy en día, se habla bastante de propósito, pero lo que debemos tener en claro es que en Cristo hay un solo y magno propósito que debe trascender. No está mal decir que cada uno de nosotros tiene un propósito de vida, pero ahora que vivimos en Cristo, Su propósito debe ser el nuestro.

“Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero solo el propósito del Señor se cumplirá.”

Proverbios 19:21 RVA15

Podemos tener planes, y no está mal que los tengamos, así como vimos que no está mal tener deseos; pero en Cristo, nuestra prioridad debe ser pensar con Su mente, sentir con Su corazón, impregnarnos de Sus deseos y estar enfocados en Su propósito.

Jesús no fue el único que vivió con la mirada puesta en la consumación del diseño de Dios. La Escritura nos muestra una cadena de hombres y mujeres que, aun antes de ver a

Cristo, caminaron como precursores del Reino, guiados por la esperanza de ver cumplido lo que Dios les había hablado en su tiempo. Todos ellos vivieron en pactos adversos o deficientes, y sin embargo, consumaron el propósito para sus días.

Noé, por ejemplo, fue un consumidor del propósito en su generación. En medio de una humanidad corrompida y violenta, obedeció a Dios construyendo un arca que salvaría a su familia y preservaría el plan divino. Su obediencia durante décadas, a pesar del escepticismo de los hombres, lo convirtió en un hombre que no solo creyó, sino que llevó a cabo el diseño celestial hasta el final.

El arca no fue el resultado de un par de años, y la lluvia no cayó hasta que pudo terminarla, pero durante todo ese tiempo fue un pregonero de justicia sin resultados visibles (**2 Pedro 2:5**). Tal vez mucha gente se burló de él, pero a su tiempo, sus palabras se cumplieron. Aunque muchos intentaron ingresar al arca, ya no pudieron hacerlo. Sin embargo, Noé y su familia estuvieron a salvo.

Dios mismo cerró las puertas del arca y las aguas cubrieron la tierra; la tormenta fue verdaderamente aterradorante, y cada minuto debió parecer un siglo para Noé y su familia. Al final, las aguas comenzaron a calmarse, y un día volvieron a pisar tierra firme. Seguramente Noé miró al cielo diciendo: “Consumado es...” o algo muy parecido, porque eso fue lo que ocurrió.

Abraham, por su parte, no solo fue un hombre llamado con un propósito muy especial, sino que fue un caminante incansable en pos de las promesas que contenía dicho propósito. Aun cuando no vio a su hijo durante años, ni la nación formada, ni la ciudad celestial, no se detuvo. Hebreos nos dice que murió sin ver todo cumplido, pero con la fe firme de que Dios lo haría.

Su vida fue la de un hombre que avanzó en obediencia con la mirada puesta en el cumplimiento, sabiendo que el Dios que promete es poderoso para cumplir sus dichos. Él le creyó a Dios, y por eso su fe le fue contada por justicia (**Génesis 15:6**). Pero lo que parece sencillo desde las Escrituras fue, en realidad, un duro proceso de perseverancia y fe, hasta el día en que pudo ver consumado su propósito.

José, vendido por sus hermanos y olvidado en una prisión, pero fiel a los sueños que Dios le había dado, se convirtió en el administrador del Reino de Egipto. Su perseverancia no fue caprichosa; estuvo marcada por la determinación de ver cumplido lo que Dios le había revelado en sueños.

Cuando finalmente vio a sus hermanos inclinarse, no se jactó, sino que lloró. Porque entendía que no se trataba de él, sino del propósito de Dios que había llegado a su plenitud: preservar vida en tiempos de hambre, tanto para Egipto como para su familia. Por eso les dijo: ***“Por favor, no se aflijan más ni se reprochen el haberme vendido, pues en realidad fue Dios quien me mandó delante de ustedes para salvar***

vidas” (Génesis 45:5 NVI). José no culpó a nadie por tanto sufrimiento, sino que comprendió que todo fue parte de un plan que debía consumarse por ese camino.

También podemos mencionar a Josué y Caleb, quienes representaron la valentía de aquellos que no se conforman con observar la tierra prometida desde lejos. Mientras otros se llenaban de temor, ellos se aferraban a la palabra de Dios.

Es cierto que debieron esperar cuarenta años, pero nunca se desviaron del propósito murmurando contra Dios como hicieron sus parientes. Ellos se mantuvieron firmes en la fe. Entraron a Canaán, no como exploradores, sino como conquistadores. Para ellos, el propósito no era solo haber oído las promesas de Dios, sino verlas cumplidas en la posesión de la tierra.

Daniel fue otro hombre del Reino digno de ser mencionado, pues vivió en medio de un imperio pagano y opresivo, pero su vida fue una búsqueda constante por la restauración de su pueblo y la revelación de los tiempos del Reino.

Sus oraciones, sus ayunos, su intercesión y sus visiones tenían un solo norte: ver cumplido el tiempo de la redención de Israel. Vivió sin comprometer su fe, sin contaminarse con el sistema, porque entendió que el propósito de Dios era más grande que cualquier comodidad terrenal.

También está Nehemías, quien, al escuchar del estado de Jerusalén, no pudo quedarse inmóvil. Dejó la comodidad del palacio para convertirse en restaurador de muros. Su pasión no era construir ladrillos, sino levantar el testimonio de una nación que reflejara al Dios verdadero.

Nehemías soportó amenazas, burlas y traiciones, pero no se detuvo. En cincuenta y dos días consumó lo que generaciones habían abandonado. Su vida prueba que cuando el corazón arde con el fuego del propósito divino, todo es posible.

La Iglesia del primer siglo, nacida en fuego y perseguida por todos lados, también fue un testimonio vivo de lo que significa vivir por, y para la consumación del propósito divino. Ellos vivieron esperando la venida gloriosa del Señor. Evangelizaban con fervor, amaban sin medida y sufrían con gozo, sabiendo que participaban del Reino eterno.

La expectativa escatológica que tuvieron no fue pasiva; fue un combustible inflamable que mantuvo la llama del Espíritu encendida en ellos. En verdad creían que la proclamación del evangelio era parte activa de apresurar el regreso de Cristo, y lo hicieron a pesar de sus propias vidas. Sufrieron persecución, escarnio, torturas y muerte, pero no claudicaron; terminaron sus días conservando puro, el mensaje del evangelio del Reino.

Por supuesto, podría nombrar a muchos más, porque la historia está llena de hombres y mujeres que buscaron, por

sobre todas las cosas, la consumación de la perfecta voluntad de Dios. Sin embargo, creo que estos ejemplos son suficientes para comprender la importancia de vivir enfocados en el propósito divino. Hoy es nuestro tiempo, hoy estamos ante nuestra oportunidad. La gran pregunta es: ¿qué estamos haciendo como Iglesia para consumarlo? ¿Cuál es nuestro enfoque real en este tiempo?

Jesús nos mostró cómo se vive una vida consumada: enfocada, obediente, rendida al diseño del Padre. La cruz no fue un accidente para Él; fue Su objetivo. Y la Iglesia no está llamada a improvisar, sino a completar el deseo del Padre. Hoy no estamos en el Calvario, pero estamos ante el umbral que nos conecta con el Reino. La pregunta es: ¿qué haremos? ¿Estamos determinados a cruzarlo?

Pablo decía: ***“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”*** (2 Timoteo 4:7). Pablo entendía que cada creyente es un eslabón en la consumación del Reino, que no basta con comenzar bien, sino que tenemos el compromiso de terminar bien.

Hoy más que nunca, el Espíritu está despertando a la Iglesia para que tome la bandera de la consumación. No fuimos llamados solo a mantenernos, sino a avanzar hacia la plena manifestación del Reino. Jesús viene por una Iglesia gloriosa, que habrá completado su misión, que habrá hecho discípulos, predicando el evangelio, sosteniendo la verdad, intercediendo por los pueblos y preparando el camino del Rey.

“Consumado es...” no es solo una frase conmovedora del pasado; es un llamado del presente para la Iglesia. Es tiempo de vivir con el fin en mente. Es tiempo de consagrarnos al cumplimiento de Su voluntad, de mirar con esperanza y determinación la gloriosa venida del Señor, y de trabajar con pasión por ver el Reino manifestado en la tierra como en el cielo.

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado.”

Isaías 26:3



Capítulo ocho

EL UMBRAL DE LA ENTREGA TOTAL

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”

Lucas 23:46

El Monte Calvario no fue solo el escenario del dolor más profundo que el Hijo de Dios experimentó en la carne, sino también el altar supremo donde se consumó la entrega más grande que el universo haya presenciado.

La cruz no fue un accidente trágico en la historia, sino el plan eterno de redención que, desde antes de la creación, ya ardía en el corazón del Padre. Y fue allí, en el instante más decisivo, cuando los clavos, la sangre y el aparente abandono parecían tener la última palabra, que Jesús pronunció su declaración final: ***“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”***.

Estas palabras no son una despedida desesperada. No son el último suspiro de un mártir vencido. Son el acto más alto de confianza, entrega y obediencia jamás registrado.

Jesús no simplemente “murió”; Él entregó voluntariamente Su espíritu. Nadie le quitó la vida; Él la entregó por amor y obediencia. Y al hacerlo, nos mostró el camino que la Iglesia debe recorrer para cruzar con fidelidad el umbral del Reino.

Como hemos visto, desde su nacimiento, Jesús vivió en constante estado de entrega. No vino a cumplir una misión personal ni a seguir una agenda humana. Sus propias palabras lo dicen claramente: ***“He descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”*** (Juan 6:38).

Toda su vida fue una rendición constante. No resistió el llamado, no reclamó derechos, no retuvo nada que fuera suyo. ***“Se despojó a sí mismo”*** (Filipenses 2:7), y en cada paso demostró que el verdadero Reino no se conquista con fuerza, sino con obediencia. No se gana por posesión, sino por entrega.

Así, al llegar a su último aliento, Jesús cerró su travesía con la misma nota que marcó toda su vida: entrega total al Padre. No a los hombres. No al destino. No a las fuerzas del universo. A las manos del Padre. Esas manos que formaron los cielos, que moldearon al hombre del polvo, que sostuvieron Su ministerio, ahora reciben Su espíritu con ternura.

Lo que vemos en ese clamor no es la desesperación del que muere, sino la paz del que confía plenamente. De hecho, Él ya había orado al Padre diciendo:

“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese...”

Juan 17:1-5

Esta oración es conmovedora y deja en claro que Jesús estaba seguro y confiado en la voluntad del Padre. Sabía del espanto de la cruz que enfrentaría, pero por sobre todo, estaba seguro de que, tras la cruz, volvería a sentarse en el trono. Su disposición para enfrentar el dolor tenía el fundamento firme de esa revelación futura.

La Iglesia contemporánea necesita recuperar esta mentalidad. Hemos aprendido a gestionar nuestra fe, a controlar nuestras decisiones, a administrar nuestras agendas. Pero hemos olvidado lo que significa vivir entregados totalmente, confiando en que vale la pena gastarse para Dios porque lo que viene, lo eterno y absoluto, es glorioso y supera todo entendimiento.

Hay una gran diferencia entre seguir a Jesús y rendirse totalmente a Él. Muchos lo siguen solo cuando les conviene. Otros lo siguen mientras pueden entender lo que sucede. Pero pocos son los que se rinden por completo, incluso cuando no

hay respuestas, incluso cuando no comprenden por qué deben atravesar algunos valles de sombra y muerte.

Vivir rendidos totalmente no significa renunciar al propósito, sino abrazarlo con mayor intensidad. Es decir: *“Señor, lo que Tú digas, cuando Tú digas y como Tú digas”*. Es poner nuestra vida en las manos del Padre, no solo cuando todo va bien, sino también cuando el mundo parece derrumbarse. Es vivir con la confianza absoluta de que las manos del Padre nunca fallan, aunque todo a nuestro alrededor se desmorone.

Jesús nos enseña, desde la cruz, que rendirse no es debilidad, sino fortaleza; que entregarse no es derrota, sino victoria; que confiar no es cerrar los ojos a la realidad, sino abrirlos a la verdad eterna. Es lógico que siempre busquemos lo mejor y es natural que no queramos el dolor en ninguna forma, pero también es verdad que el dolor forma parte del propósito divino y debemos aprender a asumirlo.

Hay momentos en la vida del creyente en que el alma se arrodilla sin palabras. Momentos en que el dolor golpea con tal fuerza que nos deja sin aliento, sin lógica, sin rumbo. Es comprensible que nos desorientemos, pero es fundamental entender qué implica la entrega total.

Sufrimos pérdidas inesperadas, atravesamos pruebas que no pedimos, recorremos caminos que parecen impuestos sin comprender por qué Dios, que todo lo puede, no intervino para evitarlos. Incluso podemos preguntarnos: ¿Dónde estaba

el Señor cuando mi mundo se desmoronaba? ¿Por qué permite que el quebranto me atravesase de esta manera? ¿Por qué calla cuando más necesito Su voz?

Estas preguntas, lejos de revelar incredulidad, son el eco de un corazón humano que ama a Dios pero no comprende su obrar. Son los gemidos del espíritu cuando la fe tropieza con el misterio. No hay creyente que no haya pasado por esa estación del alma donde el cielo parece distante, el dolor es íntimo y el silencio de Dios pesa como un plomo.

Oramos sin sentir respuesta. Clamamos sin hallar consuelo inmediato. Esperamos, pero los días transcurren y la situación no mejora. Entonces nos descubrimos allí: fieles pero heridos, creyentes pero confundidos, rendidos pero sin entender. La verdadera fe no está exenta de dudas ni temores, pero tampoco se apaga ni se rinde.

El sufrimiento, por más que intentemos racionalizarlo, no siempre tiene explicación. Hay dolores sin lógica terrenal y, como ser humano, los entiendo profundamente porque los he vivido. No pretendo escribir desde la frialdad de un maestro pragmático y carente de empatía; por el contrario, así como me conmueve Jesús en la cruz, me conmueve el dolor de mis hermanos. Pero no puedo decir otra cosa que confiemos y nos entreguemos totalmente en las manos del Padre, porque Él sabe perfectamente lo que hace y permite.

Hay pérdidas que no se justifican con frases hechas ni con teologías superficiales. Sin embargo, incluso en ese valle de sombras donde no hay certezas ni mapas, podemos descubrir una fe más pura, más real y más profunda. Porque cuando la fe ya no se apoya en lo que ve, ni en lo que siente, ni en lo que comprende, comienza a sostenerse únicamente en quien Dios es. Y eso la hace invencible.

Jesús conoció ese lugar, desde Getsemaní, cuando su sudor se volvió como gotas de sangre, rogando al Padre que, si fuera posible, apartara de Él aquella copa amarga. Pero también dijo: ***“No se haga mi voluntad, sino la tuya”*** (Lucas 22:42). Qué oración tan humana y a la vez tan divina. Una súplica legítima y un acto de absoluta rendición. Porque la fe no anula el dolor, pero lo entrega. No cierra los ojos a la realidad, sino que la somete a los pies del Dios soberano.

Y la voluntad del Padre fue la cruz; la voluntad del Padre fue la justicia implacable cargada de dolor. Por eso, el mismo Jesús que se dejó llevar desde Getsemaní, fue el que entregó su espíritu en las manos del Padre.

En los momentos de incompreensión somos llamados a la abnegación: a rendir incluso nuestro derecho de entender; a confiar cuando no hay explicación; a amar cuando no sentimos reciprocidad; a caminar cuando no vemos el final del sendero; a seguir adorando aunque el corazón esté hecho pedazos.

Como vimos, David escribió muchos de sus salmos desde ese lugar. Herido, perseguido, desilusionado, se preguntaba dónde estaba Dios. Pero en medio de su dolor, algo en su interior se levantaba y decía: “Pero yo confiaré”, “pero yo cantaré”, “pero yo esperaré”. Así habla el alma que ha aprendido a amar a Dios por encima de sus dones, que ha sido formada en la fragua del quebranto, y que ha descubierto que el verdadero consuelo no siempre viene por respuesta, sino por presencia.

Y es que Dios no siempre nos explica Sus caminos, pero siempre nos acompaña en ellos. A veces sentimos que Su silencio nos abandona, pero en realidad, Su silencio nos abraza. No todo sufrimiento se entiende, pero todo sufrimiento puede ser redimido. Él no desperdicia nuestras lágrimas. Cada herida, cada noche en vela, cada oración entrecortada tiene un propósito eterno que quizás ahora no vemos, pero que un día entenderemos cara a cara.

El apóstol Pablo, quien vivió entre cadenas, naufragios y espinas que nunca le fueron quitadas, escribió que esta ***“leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”*** (2 Corintios 4:17 y 18). ¿Leve tribulación? Para él sí, porque la comparaba con lo eterno. Así vive quien ha conocido el valor de sufrir en Cristo: no niega el dolor, pero lo pone en perspectiva. Lo contempla a la luz de la eternidad. Y eso lo transforma todo.

No siempre sabremos por qué suceden las cosas como suceden, pero sí podemos saber quién es Aquel en quien hemos creído. Podemos seguir confiando, incluso sin comprender. Podemos seguir adorando, aunque cueste. Podemos seguir avanzando, aunque nuestros pasos se arrastren. Porque el Dios que no siempre entendemos es el mismo que nos entiende perfectamente a nosotros y nunca nos dejará (**Mateo 28:20**).

Cuando no entendamos a Dios, no debemos huir de Él, sino correr hacia Él. Debemos llorar en Su pecho. Gritar si es necesario. Pero quedándonos con Él. Porque en ese lugar, donde el misterio parece ahogarte, Él se revelará no con explicaciones, sino con una paz que sobrepasa todo entendimiento; no con argumentos, sino con Su abrazo; no con razones, sino con Su presencia.

Y al final, cuando todo esto pase y el dolor haya quedado atrás, miraremos hacia atrás y puede que digamos algo así: *“No entendí, pero Él me sostuvo. No supe por qué, pero nunca estuve solo. No tuve todas las respuestas, pero tuve a Dios, y eso fue suficiente, porque sin entender aprendí, porque sin ver estuve lleno de luz, y al final conocí una mayor dimensión de Su gracia...”*

En nuestros tiempos, hablar de muerte es hablar de tragedia. Se evita, se teme, se posterga. La cultura moderna ha endiosado la juventud eterna y ha transformado la muerte en tabú. Nadie quiere morir. Todos quieren vivir más, aunque vivan vacíos. Sin embargo, la perspectiva del Reino es

radicalmente diferente, porque la muerte no debe ser pérdida, sino ganancia.

La muerte no es el final, sino el comienzo de la plenitud. No es oscuridad, sino entrada en la luz. Así lo entendió el apóstol Pablo cuando declaró: ***“Para mí, el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Filipenses 1:21)***. No lo dijo con frialdad, sino con revelación. Para él, morir no era una tragedia que debía evitar, sino una puerta gloriosa hacia la eternidad.

¿Y por qué lo sabía? Porque vivía entregado. Su vida ya no era suya; la había entregado a Cristo. ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20)***. Ese es el verdadero umbral del Reino: morir antes de morir físicamente. Morir al yo, a la autosuficiencia, al orgullo, a los planes propios, para que Cristo viva plenamente en nosotros. Solo así la muerte pierde su aguijón y la vida cobra verdadero sentido.

La gran tragedia de la Iglesia actual no es la falta de recursos, ni siquiera la persecución ideológica. La verdadera tragedia es que ya no sabemos entregar el espíritu. Queremos el Reino, pero sin cruz. Queremos milagros, pero sin rendición. Queremos poder, pero sin obediencia. Hemos cambiado la confianza por el control, y la fe por la conveniencia. Pero aún estamos a tiempo; todavía podemos ofrecer al Señor la Iglesia que Él demanda: una Iglesia consagrada, confiada y entregada totalmente.

Hoy abundan los que quieren “usar a Dios”, pero escasean los que quieren “ser usados por Dios”. Abundan los que oran buscando protección, pero son pocos los que oran diciendo: “Hágase tu voluntad”. Reitero que siempre hay un remanente; no quiero que piensen que vivo desilusionado de la Iglesia, porque no es verdad. Trabajo con fe, por eso no paro de viajar, de enseñar, de escribir, de dar por gracia lo que por gracia he recibido del Señor. Pero me atrevo a exhortarla porque deseo despertar a muchos hermanos de su letargo actual.

Yo amo al Señor con todo mí ser, y por eso no puedo dejar de amar a la Iglesia, que ciertamente veo como “preciosa”. Tengo fe en la Iglesia porque es un diseño divino y terminará revestida de gloria. Aun así, les ruego que soporten mi locura, tal como dijo Pablo: ***“Dios ha hecho que yo me preocupe por ustedes. Lo que quiero es que ustedes sean siempre fieles a Cristo, es decir, que sean como una novia ya comprometida para casarse, que le es fiel a su novio y se mantiene pura para él”*** (2 Corintios 11:1 y 2 BLS).

Históricamente, la Iglesia ha dejado huellas imborrables de fe y ha enfrentado la muerte con hidalguía. Al final de los tiempos, esto volverá a ser así. Por eso advierto que debemos creer con todo el corazón que el modelo de Cristo es para vivir bien y para morir bien. Debemos encomendar el espíritu cada día: con cada decisión, con cada renuncia, con cada paso de obediencia, y aun ante el umbral de la muerte.

El Reino no se impone por conquista humana. Se establece en los corazones que se entregan. Y es en esa entrega donde el poder de Dios se manifiesta. Esto no ocurre solo con el grito de los valientes, sino con el clamor de los rendidos. No es con el aplauso de las multitudes, sino con el susurro de quienes dicen: *“Padre, aquí estoy, todo lo que soy y todo lo que tengo es tuyo... me entrego totalmente...”*

Uno de los ejemplos más conmovedores de esta entrega se encuentra en la vida de Esteban, el primer mártir cristiano. Mientras las piedras caían sobre su cuerpo y la multitud rugía con odio, Esteban, lleno del Espíritu Santo, alzó los ojos al cielo y exclamó: ***“Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59).***

Sus palabras no son una coincidencia. Son el eco directo de las palabras que él sabía que Jesús había pronunciado. Esteban no temió ni retrocedió. Vivió como Cristo y murió como Cristo. Y esa es la mayor gloria que puede alcanzar un discípulo: ser como su Maestro hasta el final.

La Iglesia del umbral es aquella que ha aprendido a vivir entregada. No le teme al futuro, porque su presente está en manos del Padre. No le teme a la muerte, porque ya ha muerto al yo. No le teme a la pérdida, porque ha ganado a Cristo. Es una Iglesia que ora con confianza, camina con obediencia, actúa con humildad y sirve con gozo, sabiendo que lo que entrega jamás se pierde, sino que es guardado por Dios para gloria eterna.

La Iglesia del umbral no negocia su fidelidad. No se deja seducir por los reinos de este mundo. No busca vivir más, sino vivir mejor: con propósito, con entrega, con fuego santo en el corazón. Es una Iglesia dispuesta a cruzar el umbral de la entrega total, no por mérito, sino por rendición.

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu...” es la mejor expresión para acompañarnos en la vida de fe, no solo para vivir como Dios quiere, sino también para morir cuando así Él lo disponga. Que cada día, cada decisión, cada paso sea una entrega renovada. Porque solo cuando todo está en sus manos, todo encuentra propósito y destino.

“Por eso, hermanos míos, ya que Dios es tan bueno con ustedes, les ruego que dediquen toda su vida a servirle y a hacer todo lo que a él le agrada. Así es como se le debe adorar. Y no vivan ya como vive todo el mundo. Al contrario, cambien de manera de ser y de pensar. Así podrán saber qué es lo que Dios quiere, es decir, todo lo que es bueno, agradable y perfecto”.

Romanos 12:1 y 2 BLS



Conclusión Final

“El Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.”

Mateo 11:12

Hemos caminado juntos a lo largo de páginas que no solo han intentado enseñar, sino también despertar. Este libro no fue concebido como una obra teológica más, sino como una llamada urgente y profética a una Iglesia invitada a cruzar el umbral del Reino.

No el umbral de una religión, ni el de una costumbre evangélica tradicional, sino el umbral del Reino de Dios, ese Reino que ya está entre nosotros, establecido por Jesucristo, la Puerta Eterna, quien abrió nuevamente a todos los seres humanos la posibilidad de vivir en comunión con el Padre, caminando en Su voluntad.

Desde entonces, el Reino ha sido sistemáticamente violentado por los religiosos y por aquellos que se resisten a ser gobernados desde el cielo. Sin embargo, tengo plena expectativa de que en este tiempo se levante una Iglesia gloriosa, entregada y deseosa de manifestar en la tierra el diseño del Padre.

Como hemos visto, cada palabra pronunciada por Jesús en la cruz no fue un lamento sin sentido, sino un acto

legal, espiritual y eterno que marcó el ingreso de la humanidad redimida a una nueva dimensión: la vida del Reino.

Desde el perdón otorgado al ladrón a Su lado, hasta la entrega absoluta de Su espíritu al Padre, el Hijo de Dios nos mostró que el camino a la gloria pasa por el sacrificio, la obediencia y el abandono total a la voluntad divina.

No podemos contemplar el Reino sin primero ver la cruz, y no podemos entrar en una verdadera vida de Reino sin cruzar primeramente el umbral marcado por la cruz. No hay autoridad espiritual sin humillación, ni poder legal sin autoridad. No hay trono sin entrega, ni poder de resurrección sin haber atravesado el umbral de la muerte.

Hoy, más que nunca, la Iglesia debe levantar su mirada y reconocer que el Reino no es un concepto abstracto, sino una realidad viva que nos fue dada para caminarla, habitarla y manifestarla.

El Reino no comienza en el futuro celestial, sino aquí, cuando un creyente rinde su voluntad al Rey; cuando una congregación vive bajo el señorío de Cristo; cuando se predica la verdad sin diluirla; cuando se sirve con pureza; cuando se perdona con gracia; cuando se vive y muere con propósito eterno.

Cada capítulo de este libro nos ha recordado que el Reino no es para los tibios, ni para los distraídos, ni para los

que juegan con la fe como si fuera un pasatiempo. El Reino es para los rendidos. Para los que lloran por justicia. Para los que mueren al yo. Para los que aman hasta el final. Para los que, como Jesús, pueden decir en cada estación de la vida: *“Padre, hágase tu voluntad”*.

Hemos visto que la cruz no es solo un símbolo del sufrimiento de Cristo, sino el umbral revelado por el cual Jesús traspasó de lo terrenal a lo celestial, de lo humano a lo glorioso. Y nos ha dejado ese camino abierto, un sendero marcado con sangre y gracia, para que nosotros también entremos, crucemos y vivamos en el Reino aquí y ahora.

Esta es la hora de una Iglesia valiente. Una Iglesia que no vive para agradar al mundo, sino para agradar al Rey. Una Iglesia que no se conforme con “sobrevivir espiritualmente”, sino que se levante como testigo vivo del Reino, siendo una embajada celestial en la tierra. Una Iglesia que no negocie su propósito, que no calle su mensaje, que no pierda de vista que su ciudadanía está en los cielos y que su mandato en la tierra es representar al Rey.

Amados, si han llegado hasta aquí, no ha sido por curiosidad; nadie lee un libro hasta el final solo por curiosidad. Seguramente, algo en sus corazones vibra con poder, porque saben que este mensaje los convoca al compromiso total. Yo los entiendo porque también siento esa voz dentro de mi espíritu, esa voz que me llama y nos llama a rendirnos, a alinear nuestros pasos, a dejar de vivir entre

dos mundos y a abrazar por completo el Reino que Jesús nos abrió como una realidad gloriosa, presente y eterna.

Es hora de que tomemos nuestra cruz, perdonemos como Cristo, vivamos con la determinación del Hijo Eterno y entremos en la dimensión gloriosa de los que se han entregado por completo. El Reino no es para los que temen perder, sino para los que lo dan todo. El Reino no es una promesa lejana, sino una realidad urgente que comienza con nuestra obediencia.

Al final, las preguntas obligadas son: ¿Estamos dispuestos a cruzar el umbral? ¿Estamos dispuestos a vivir para el Rey? ¿Estamos dispuestos a decir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, y que esa sea la canción de cada día, no solo de nuestro último respiro? Mi respuesta es un sí determinante y absoluto.

Si el de ustedes también lo es, entonces preparémonos... Porque el Reino no es una simple teoría, es vida, transformación y avance. No es religión, es gobierno espiritual. No es comodidad, es una misión eterna. Y nosotros, como la Iglesia del Dios vivo, hemos sido llamados a manifestarlo en la tierra con autoridad y poder.

“Y el séptimo ángel tocó la trompeta, y se oyeron grandes voces en el cielo, que decían:

El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 11:15

Oración Final:

Padre Eterno, Rey glorioso y fiel...

Hoy nos postramos ante Ti, con el corazón conmovido por tu enseñanza en esa cruz del Calvario, y lo hacemos con el alma encendida por tu llamado...

Gracias por abrir el umbral con Tu sangre. Gracias por mostrarnos el camino con Tu vida. Gracias por entregar Tu espíritu, para que podamos aprender a rendirnos totalmente. Padre amado, no traemos méritos ni glorias humanas, solo nuestros corazones deseosos de obedecer.

Queremos vivir rendidos a Tu voluntad. Queremos caminar bajo Tu gobierno, no solo como ciudadano del Reino, sino como siervos leales, como hijos confiados, como embajadores valientes...

Enséñanos a vivir como vivió Tu Hijo amado Jesucristo: Perdonando sin medida, amando sin condición, hablando verdad sin temor, y sirviendo sin reservas...

Padre líbranos del orgullo que frena, del miedo que paraliza, y del ego que se resiste a morir...

Haznos cruzar el umbral, de la autosuficiencia, para depender de Ti...

Haznos cruzar el umbral de la religiosidad, para vivir en intimidad contigo...

Haznos cruzar el umbral del temor, para caminar en fe...

Haznos cruzar el umbral del perón, de la gracia, de los sentimientos, de los deseos rendidos, de la entrega total...

Padre, en tus manos encomendamos todo nuestro ser...

No solo en la hora final... sino hoy mismo, aquí y ahora...

Toma nuestra vida y úsala para Tu gloria.

Haz de nosotros una clara señal del Reino, una lámpara encendida en medio de la oscuridad, una voz que proclame que Jesús reina y reinará por los siglos de los siglos, en el cielo y en la tierra...

Venga tu Reino, Señor...

En nuestra casa, en nuestra ciudad, en todas las naciones y hasta que la tierra sea llena de Tu gloria.

En el nombre de Jesucristo nuestro Señor.

¡Amén!



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

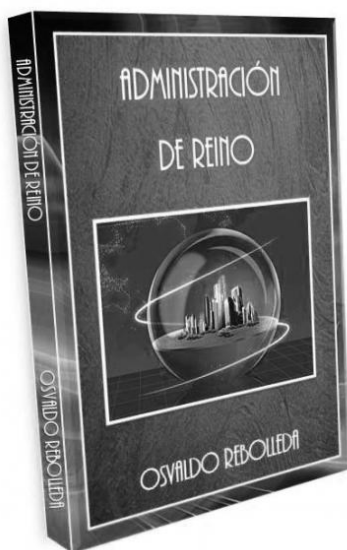
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

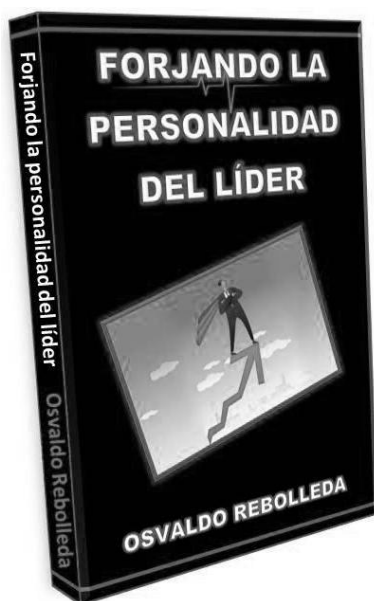
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

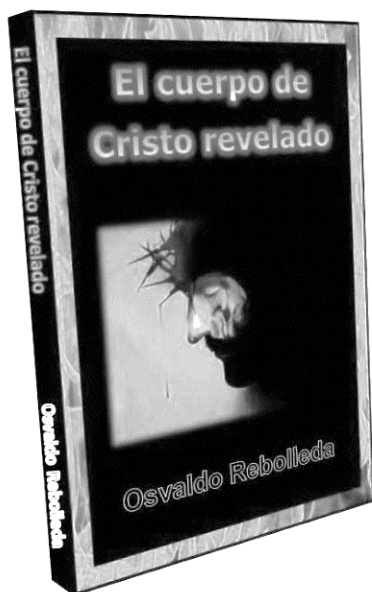
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

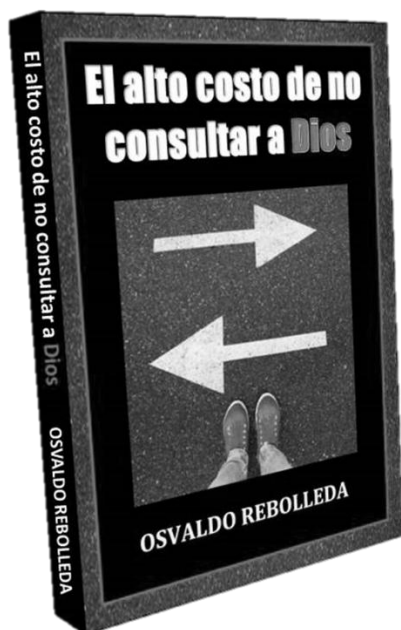


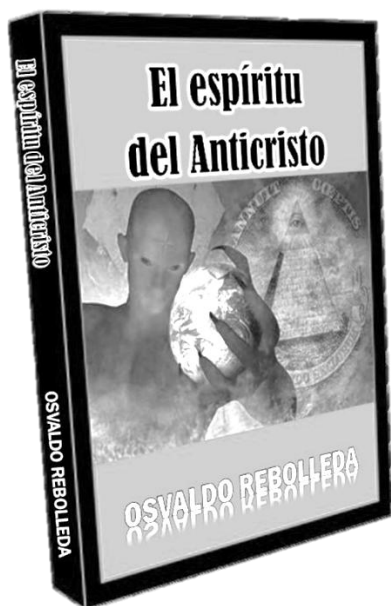
www.osvaldorebolleda.com



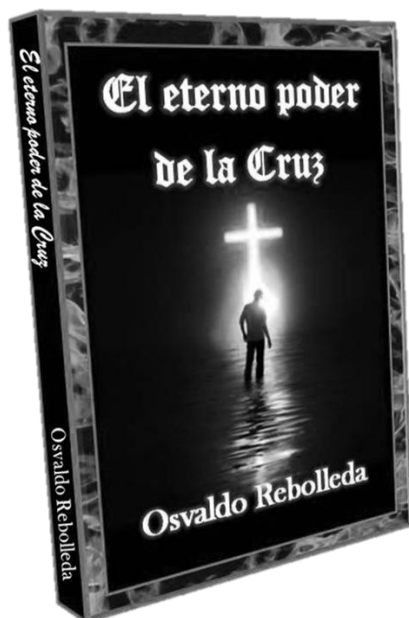
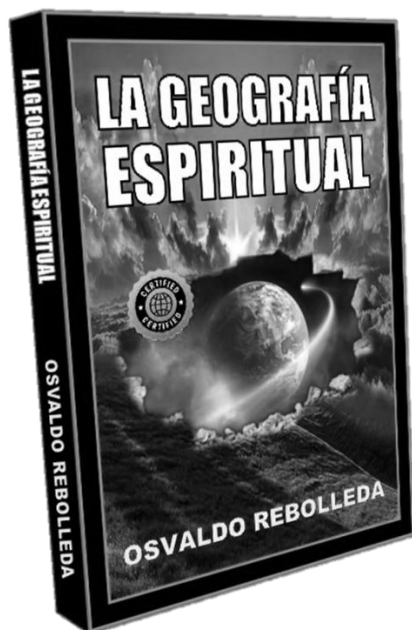


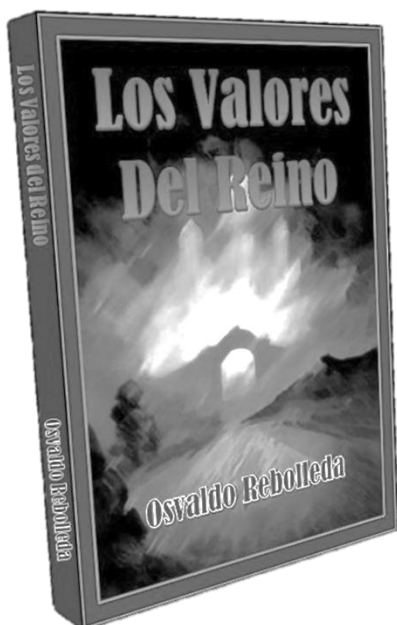
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

